

UN ROMANCE DE BÉISBOL SIN ALIENTO

*Van a por
que se*

CASSIDY BERG

Lanzar para quedarse

Un romance de béisbol sin aliento

Por Cassidy Berg

Esta es una obra de ficción. Todos los nombres o personajes, empresas o lugares, sucesos o incidentes son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o sucesos reales es pura coincidencia.

Ninguna parte de este eBook puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito del autor.

2025 Cassidy Berg

Publicado por Entrada Publishing.

♡ Capítulo 1 ♡

El sol de Oklahoma se abre paso por el horizonte, pintando el Twister Stadium con una paleta de ámbar y oro. En el campo meticulosamente cuidado, los jardineros corretean como hormigas con caféina y sus rastrillos marcan líneas perfectas en la tierra rojiza. El aire crepita de expectación a medida que los primeros hinchas van llegando, su excitado parloteo se eleva como un enjambre de langostas, salpicado por los ocasionales ladridos de los vendedores que ofrecen perritos calientes y dedos de espuma a precios exorbitantes.

En el vestuario de los Tornado Twisters, Jake Cooper está de pie ante su taquilla, una isla de inquietante calma en un mar de caos antes del partido. Sus largos dedos bailan sobre su equipo, colocando cada pieza con la precisión de un técnico de bombas. Un taco, luego el otro. El guante a la izquierda, el balón a la derecha. Una maltrecha gorra de los Twisters, con el ala curvada a la perfección, se posa sobre la pila como una corona.

La mano de Jake se dirige a la pequeña cicatriz que tiene sobre la ceja izquierda, recuerdo de una colisión infantil con un receptor demasiado entusiasta de las ligas menores. Le da tres golpecitos, cada uno de los cuales le reconforta. Es un ritual tan antiguo como sus sueños de béisbol, un talismán contra la naturaleza voluble del juego que ama.

"¿Todavía acariciando esa cicatriz, Coop?" La voz de Marcus Thompson retumba desde atrás, teñida a partes iguales de diversión y exasperación. "¿Y son los mismos calcetines de la suerte? Juraría que les están empezando a salir piernas y a andar solos".

Jake esboza una media sonrisa, pero no pierde la concentración. "Ríete todo lo que quieras, Thompson. Estos calcetines me han visto en dos no-hitters y un juego perfecto en las ligas menores".

Marcus se apoya en la taquilla contigua y su sonrisa fácil flaquea ligeramente. Los ojos del gran primera base se entrecierran y la preocupación se dibuja en ellos. "Sí, pero ¿a qué precio, tío? Estás más tenso que un reloj de dos dólares antes de cada partido. Uno de estos días, te vas a romper como una goma elástica sobrecargada".

"Estoy bien", insiste Jake, cerrando su taquilla con un chasquido decisivo que resuena en toda la habitación. "Los rituales funcionan. ¿Por qué jugar con el éxito?"

Marcus abre la boca para discutir, pero Jake ya está dando zancadas hacia el túnel, poniendo fin a la conversación. Los tacos del lanzador chasquean contra el cemento, un ritmo entrecortado que coincide con el latido de su corazón.

"Como quieras, Coop", le dice Marcus, sacudiendo la cabeza. "¡Pero recuerda, el béisbol es un juego, no una sesión de espiritismo!"

Jake ignora el golpe, su mente ya está en modo de juego. A medida que se acerca a la boca del túnel, el lejano rugido de la multitud aumenta, atrayéndole como un canto de sirena.

El ruido golpea a Jake como una fuerza física cuando sale al campo. El Twister Stadium se ha transformado en un mar de azul y blanco, con caras que se confunden en un vertiginoso caleidoscopio de expectación. La voz del locutor retumba por los altavoces y cada palabra hace vibrar el suelo del estadio.

"Damas y caballeros, por favor den la bienvenida al montículo, al hombre del brazo de oro, su lanzador titular de los Tornado Twisters de Oklahoma City... ¡Jake Cooper!"

La multitud estalla, un tsunami de sonido se apodera de Jake. Pero él apenas registra el ruido, sus ojos recorren frenéticamente las gradas, buscando una cara en particular. *¿Dónde está? Siempre está aquí.* Un nudo de pánico comienza a formarse en su estómago, retorciendo sus entrañas en un pretzel de ansiedad. No puede lanzar sin ella.

A medida que aumenta la tensión, se produce una repentina conmoción cerca del banquillo. Tornado Tex, la gran mascota de los Twisters, irrumpe en el campo en un torbellino azul y plateado. Su exagerado atuendo de vaquero -completado con un sombrero de diez galones que podría hacer las veces de antena parabólica- provoca carcajadas y vítores entre el público.

Tex se lanza a su famoso "Twister Dance", con su cuerpo de embudo de tela girando como un derviche con esteroides. Su lazo surca los aires, esquivando por poco a unos cuantos recogepelotas asustados. "¡Vamos, todos!" La voz de Tex retumba a través de su megáfono. "¡Vamos a provocar una tormenta!"

El estadio se transforma en una masa humana que se retuerce mientras los aficionados intentan imitar los giros imposibles de Tex. Desde los asientos de primera fila hasta los palcos VIP, es como si una multitud descoordinada se hubiera apoderado del Twister Stadium.

Mientras tanto, en el montículo, los lanzamientos de calentamiento de Jake Cooper salen desviados, sin su habitual precisión láser. En el banquillo, el rostro curtido del entrenador Bill Hawkins se arruga de preocupación. Le llama la atención la Dra. Elena Cortez y mueve la cabeza hacia Jake.

La Dra. Cortez, la perspicaz psicóloga del equipo, ya está garabateando furiosamente en su portapapeles. "Ansiedad elevada, compensada con una mayor dependencia de comportamientos supersticiosos", murmura, mientras su bolígrafo vuela por la página.

Mientras Jake se prepara para su primer lanzamiento oficial, la atmósfera del estadio se vuelve tan densa como para cortarla con un cuchillo. De repente, un destello de cabello dorado capta su visión periférica. Sarah Thompson se desliza en su asiento cerca del banquillo, ligeramente sin aliento y pronunciando un silencioso "lo siento" a nadie en particular.

El cambio en Jake es instantáneo y casi cómico. Sus hombros, antes tan tensos como los cables de un puente colgante, caen de repente. Una sonrisa se dibuja en su rostro, transformándolo de un manojo de nervios en el lanzador as que todos conocen y adoran.

"Bueno, lo seré", gruñe el entrenador Hawkins, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

El doctor Cortez enarca una ceja y añade otra nota: "Investigar la correlación entre la presencia

de Thompson y el rendimiento de Cooper".

El grito del árbitro de "¡A jugar!" apenas se escucha cuando Jake entra en su zona. Su primer lanzamiento, una bola rápida que parece materializarse en la manopla del receptor sin ser vista, marca la pauta del partido.

Entrada tras entrada, Jake teje un tapiz de lanzamientos inhabitables. Sus bolas rápidas desafían los radares, mientras que sus bolas curvas doblan el tejido mismo del espacio-tiempo. Un bateador, después de su tercer strikeout, lanza su bate a un lado y gruñe: "¿Qué es este tío, parte mago?".

En el banquillo del equipo contrario, la frustración hierve a fuego lento. Su entrenador, un hombre corpulento con cara de nubarrón, mastica tres chicles en otras tantas entradas.

"Es como intentar echar humo con un palillo", refunfuña un jugador, que se desploma en el banquillo tras otro bateo infructuoso.

A medida que avanza el partido, el entusiasmo del público va en aumento. Cada strike es recibido con un rugido que podría despertar a los muertos. Tornado Tex, alimentado por la energía, aumenta sus payasadas, y en un momento dado intenta "echar el lazo" a una bola de falta (y casi se estrangula en el proceso).

En su asiento, Sarah Thompson alterna entre aplaudir y morderse las uñas, plenamente consciente del papel que Jake cree que ella desempeña en su éxito. Se da cuenta de que el Dr. Cortez la estudia atentamente y esboza una débil sonrisa, sintiéndose como una rata de laboratorio en observación.

Jake, ajeno a todo lo que no sea el juego, continúa con su clase magistral de lanzamiento. A medida que pasan las entradas sin que el equipo contrario consiga un solo hit, un murmullo empieza a circular por el estadio.

La posibilidad de un no-hitter flota en el aire cuando Jake sube al montículo para la última entrada. Todo el estadio contiene la respiración, unido por la frágil esperanza de presenciar la magia del béisbol.

A medida que se desarrolla la séptima entrada, el aire en el Twister Stadium se llena de posibilidades. Jake Cooper, que sigue lanzando desde el montículo como un poseso, parece intocable. Pero el béisbol, esa amante voluble, tiene otros planes.

El chasquido del bate contra la pelota resuena como un disparo, silenciando a la multitud. El tiempo se ralentiza cuando la esfera blanca se arquea grácilmente hacia el outfield, un golpe seguro donde los haya. El corazón de Jake se desploma, su juego perfecto se escapa como arena en un reloj de arena.

Pero Marcus Thompson no está dispuesto a dejar que se arruine la obra maestra de su amigo. Con un gruñido de esfuerzo que enorgullecería a Hércules, el corpulento primera base se lanza por los aires. Su cuerpo se estira, desafiando a la gravedad, con los dedos buscando desesperadamente la salvación de cuero.

¡THWACK!

Marcus golpea el suelo con fuerza suficiente para registrarlo en la escala de Richter, y una nube de polvo se levanta a su alrededor. El estadio contiene la respiración. Entonces, como un héroe vencedor que sale de la batalla, Marcus levanta el guante, con el balón en su interior.

El rugido que sigue amenaza con derribar el techo del Twister Stadium. Jake, con una mezcla de alivio e incredulidad, mira a Marcus a través del diamante. Su tensión anterior se evapora como el rocío de la mañana. Marcus sonríe, inclinando un sombrero imaginario hacia su lanzador. Jake le devuelve el gesto, un "gracias" silencioso que lo dice todo.

A medida que se acerca la novena entrada, la energía en el estadio crepita como un cable en tensión. Los aficionados se unen en un mar azul y blanco que palpita de expectación. Tornado Tex, alimentado por la atmósfera eléctrica, provoca el frenesí entre la multitud. Su lazo gira tan rápido que se convierte en un borrrón plateado, su voz retumba a través de su megáfono.

"¡Traigámoslo a casa, Twisters! ¡Sácalos del estadio!"

Jake respira hondo, sus ojos instintivamente encuentran a Sarah en las gradas. Ella le da un pulgar hacia arriba, su sonrisa proporciona calma en la tormenta de emoción. Jake asiente, cuadrando los hombros. Está listo para terminar lo que empezó.

Los dos primeros bateadores caen abanicados, víctimas de los inatajables sliders de Jake. A falta de dos outs, la tensión en el estadio podría cortarse con un cuchillo. Jake se prepara para su siguiente lanzamiento, con todos los ojos del estadio pegados a su forma.

Pero el béisbol, siempre cruel, tiene preparada una última vuelta de tuerca. El bateador conecta, enviando un débil batazo a ras de suelo a través del infield. Es un batazo sin efecto, un dribbler que debería ser un out fácil. Pero la pelota encuentra una irregularidad en el terreno, da un mal salto y sale disparada por encima del guante del parador en corto.

Un gemido colectivo se eleva desde la multitud, el sonido de miles de corazones rompiéndose al unísono. El juego perfecto de Jake, su no-hitter, se ha ido en un abrir y cerrar de ojos.

Por un momento, Jake se queda congelado en el montículo, mirando fijamente el lugar donde murió su sueño. Pero entonces ocurre algo extraordinario. El gemido se transforma en una ovación, los aficionados apoyan a su lanzador. "¡Termina fuerte, Jake!" El grito resuena en todos los rincones del estadio.

Jake se endereza, con un nuevo fuego en los ojos. Puede que haya perdido el no-hitter, pero todavía tiene un partido que ganar. Con renovada concentración, se enfrenta al último bateador. Tres lanzamientos más tarde, una bola rápida que parece teletransportarse de su mano a la manopla del receptor cierra el trato. Tercer strike.

El estadio estalla. Los compañeros de Jake salen del banquillo, envolviéndole en un mar de cuerpos jubilosos. En medio del caos, la reportera deportiva local Jennika Phillips se abre paso a codazos, con su micrófono empujado hacia delante como un arma.

"¡Jake! Jake!" llama, su voz apenas audible por encima del estruendo. "¿Cuál es el secreto de tu increíble actuación de hoy?"

Jake sonríe, sus ojos recorren la multitud hasta que se posan en Sarah. Señala con el dedo, todavía con el subidón de su juego casi perfecto. "Se trata de tener el amuleto de la suerte adecuado", dice, sin darse cuenta de que Sarah frunce ligeramente el ceño al oír sus palabras.

Mientras la celebración continúa a su alrededor, la sonrisa de Sarah vacila por un momento. Mira al Dr. Cortez, que observa la escena con gran interés, y luego a Jake, rodeado por sus adoradores compañeros de equipo. Un destello de incertidumbre cruza las facciones de Sarah y desaparece en un instante.

En medio del alegre caos, se siembran las semillas del futuro conflicto, invisibles pero innegablemente presentes. Mientras los fuegos artificiales explotan en el cielo y Tornado Tex se vuelve loco, se prepara el escenario para una temporada que promete ser cualquier cosa menos ordinaria.

♡ Capítulo 2 ♡

Mientras Jake camina hacia el estadio, un destello de cabello dorado llama su atención. Sarah se apoya en la valla del campo, observando cómo los jardineros arreglan meticulosamente el campo. Por un momento, Jake se plantea dar media vuelta y huir, pero sus pies le traicionan y le llevan inexorablemente hacia delante.

"Llegas pronto", dice, con una voz demasiado informal.

Sarah empieza a hablar y se vuelve hacia él con una débil sonrisa. "No podía dormir", dice, encogiéndose de hombros. "Pensé en venir a ver el amanecer en el campo. Una última vez, ¿sabes?"

Las palabras cuelgan entre ellos, pesadas como el plomo. Jake asiente, de repente fascinado por un trozo de hierba cerca de sus pies. "Sí, lo sé".

Permanecen en silencio, con el elefante dando volteretas a su alrededor. El rítmico raspado de los rastrillos sirve de relajante telón de fondo a su tensión.

Más tarde, durante los calentamientos, la actuación de Jake adquiere un carácter casi maniaco. Sus bolas rápidas chillan a través del plato, dejando marcas de quemaduras en el guante del receptor. Sus bolas curvas desafían las leyes de la física, deformando la realidad con su trayectoria.

El entrenador Bill Hawkins, que observa desde el banquillo, asiente con la cabeza. "Eso es lo que me gusta ver", dice, con una rara sonrisa en su curtido rostro.

Pero la Dra. Elena Cortez, de pie justo detrás de él, no comparte su entusiasmo. Sus afilados ojos se entrecierran mientras observa a Jake, notando la energía frenética apenas contenida en sus movimientos. Garabatea furiosamente en su cuaderno, siempre presente, con los labios fruncidos por la preocupación.

En las gradas, Kenna Lee se deja caer en el asiento contiguo al de Sarah, con dos tazas humeantes de cacao en la mano. Le pasa una a Sarah, que la acepta agradecida.

"Muy bien, Thompson", dice Kenna, su tono no admite discusión. "Tenemos que hablar de la situación de Jake".

Sarah suspira y aprieta los dedos alrededor de la taza caliente. "¿De qué hay que hablar? Me voy, fin de la historia".

Kenna la mira con una mirada que podría descascarar la pintura. "Ya sabes lo que quiero decir. Ese chico depende más de ti que un recién nacido de su mamá. ¿Y te vas a ir a Tokio sin hablar de ello?"

La culpa y la frustración guerrear en el rostro de Sarah. "¿Qué se supone que debo hacer, Kenna? ¿Poner mi vida en espera porque Jake no puede lanzar sin su manta de seguridad?"

Su acalorada discusión se ve interrumpida bruscamente por la llegada de Tornado Tex. La mascota sube las escaleras de dos en dos, y sus enormes botas sortean la empinada cuesta con facilidad.

"¡Hola, señoritas!" La voz de Tex retumba a través del megáfono. "¿Están listas para armar una tormenta hoy?"

Mientras Tex se lanza a su rutina, Sarah lanza a Kenna una mirada que dice claramente: "Terminaremos esto más tarde".

Después del partido, Jake se encuentra acorralado por Jennika Phillips, con el micrófono de la periodista deportiva local incómodamente cerca de su cara.

"Otra actuación estelar hoy, Jake", dice Jennika, con un tono aparentemente informal. "Algunos dicen que es tu mejor actuación. ¿Cuál es tu secreto?"

Jake sonríe, sus ojos buscan automáticamente a Sarah entre la multitud que se dispersa. "Ningún secreto, Jennika. Sólo trabajo duro a la antigua usanza y tener el sistema de apoyo adecuado. Hablando de eso, ¿has visto hoy a Sarah en las gradas? Es un amuleto de la suerte".

Jennika arquea una ceja, intuyendo una historia. "Es interesante que menciones a Sarah. Hay rumores de que podría irse a trabajar al extranjero. ¿Algún comentario sobre cómo podría afectar eso a tu juego?"

Durante una fracción de segundo, la fachada de Jake se resquebraja, un destello de pánico cruza su rostro. Pero se recupera rápidamente, su sonrisa entrenada por los medios de comunicación vuelve a su lugar. "Sarah siempre ha sido una gran amiga y ha apoyado al equipo. Decida lo que decida, estoy seguro de que destacará. En cuanto a mi juego, bueno, tendré que seguir dando lo mejor de mí, ¿no?"

Mientras Jake desvía con suavidad las preguntas de Jennika, Sarah le observa desde la distancia, con expresión ilegible. El Dr. Cortez se acerca a ella y sigue con la mirada a Jake.

"Tenéis una dinámica interesante", comenta suavemente el médico.

Sarah se sobresalta y se ríe. "¿Dinámica? Sólo somos amigos, Doc".

El Dr. Cortez tararea sin compromiso. "Por supuesto. Aun así, valdría la pena discutir la naturaleza de esa amistad antes de que te vayas. Es sólo una idea".

Cuando el médico se aleja, la sonrisa forzada de Sarah se desvanece. Vuelve a mirar a Jake, que sigue respondiendo a las preguntas con soltura, y siente el peso de las palabras no pronunciadas presionándola. El debate que bulle en su cabeza ahoga la charla posterior al partido y la hace sentirse más sola que nunca en el abarrotado estadio.

Cuando la entrevista de Jennika con Jake llega a su fin, Sarah se escabulle del bullicioso estadio y sus tacones marcan un ritmo entrecortado en el aparcamiento. Tantea con las llaves del coche,

la vista se le nubla y las lágrimas amenazan con derramarse.

"¡Sarah! ¡Espera!" La voz de Kenna atraviesa la bruma. Sarah se limpia los ojos y esboza una sonrisa que no engañaría ni a un ciego.

Kenna se acerca a su amiga, ligeramente sin aliento. "Chica, no te atrevas a intentar darme esa mierda de 'estoy bien'. Suéltalo".

La presa se rompe. La compostura de Sarah se desmorona como un castillo de arena en marea alta. "No sé qué hacer, Kenna", se atraganta. "Este trabajo en Tokio es todo por lo que he trabajado. Pero Jake..."

Kenna rodea con un brazo los hombros temblorosos de Sarah. "Pero Jake te tiene atada de pies y manos, ¿eh?".

Sarah asiente miserablemente. "Creo que me estoy enamorando de él. Dios, ¿qué cliché es ese? La hija del dueño y el lanzador estrella". Suelta una carcajada acuosa. "Pero él no me ve a mí, Kenna. Ve su amuleto de la suerte, su símbolo de buena suerte. ¿Cómo se supone que voy a construir una relación sobre eso?".

Kenna suspira y le da un apretón a Sarah. "Oh, cariño. Te has metido en un buen lío".

A la mañana siguiente, el ambiente en la pintoresca cafetería es lo suficientemente denso como para untar una tostada. Jake juguetea con su chocolate caliente mientras Sarah encuentra fascinante el diseño de su delicado pastel.

"Así que", empieza Jake, luego se detiene, claramente perdido.

"Así que", dice Sarah, con una sonrisa en los labios.

Bailan alrededor del elefante en la habitación, su conversación es una clase magistral de charla incómoda. Finalmente, Sarah suelta: "Me vendría bien que me ayudaras a hacer la maleta. Si no estás ocupado".

Jake se agarra a este salvavidas como un ahogado. "¡Sí! Quiero decir, claro, estaré encantado de ayudar. Siempre que me necesites, estoy ahí".

El doble sentido de sus palabras flota en el aire entre ellos, no reconocido pero inequívoco.

Durante la semana siguiente, Jake y Sarah se vuelven tan inseparables fuera del campo como durante los partidos. Se les ve en locales de moda, riendo con helados y mirando librerías. En el Carnaval anual de Oklahoma City, se encuentran con Tornado Tex, que hace una aparición como invitado.

Tex, en su infinita sabiduría de mascota, decide enseñarles su famoso "Twister Dance". La visión de Jake, todo un atleta profesional de dos metros, intentando imitar los ridículos giros de Tex es demasiado para Sarah. Se echa a reír a carcajadas y se le saltan las lágrimas.

Pero la realidad tiene una forma de entrometerse, incluso en la santidad de los vestuarios de los Twisters. Marcus acorrala a Jake después de un entrenamiento especialmente agotador, y su actitud, normalmente relajada, se ve sustituida por una férrea determinación.

"Tenemos que hablar, Coop", dice Marcus, su voz baja pero intensa.

Jake, todavía en la cresta de la ola por su tiempo con Sarah, apenas levanta la vista de su taquilla. "¿Qué tienes en mente, grandullón?"

"Lo estás, hombre. Todo este asunto con Sarah... está jugando con tu cabeza. Estás lanzando como un poseso, seguro, pero ¿a qué precio?"

Los hombros de Jake se ponen rígidos. "No sé de qué estás hablando".

Marcus sigue adelante, impertérrito. "Vamos, Jake. Eres mejor que esto. Tu talento viene de años de trabajo duro, no de un amuleto de la suerte. ¿Realmente crees que el hecho de que Sarah esté en las gradas es la razón de tu éxito?"

Jake cierra de golpe su taquilla y se gira para mirar a Marcus. "No sabes de lo que estás hablando", gruñe. "Sarah cree en mí. Eso es lo único que importa".

"¿Cree en ti?" Marcus se burla. "¿O cree que ella es una especie de muñeca vudú que mágicamente te hace lanzar mejor? ¡Despierta, tío!"

El vestuario se queda en silencio mientras Jake y Marcus se enfrentan, con la tensión crepitando entre ellos como alambres vivos. Justo cuando parece que los puños van a volar, la voz grave del entrenador Hawkins corta el enfrentamiento.

"¡Ya basta!", brama. "Cálmense, los dos. Guardad esa energía para el campo".

Cuando Jake se marcha, Marcus le dice: "Piénsalo, Coop. ¿Qué pasará cuando ella no esté? ¿Vas a derrumbarte, o vas a recordar que eres un lanzador de élite, con o sin ella?".

La pregunta resuena en el vestuario vacío, sin respuesta pero imposible de ignorar. Fuera, el sol pega de lleno en el Twister Stadium, ajeno a la tormenta que se avecina entre sus muros.

Cuando los ecos de la discusión de Jake y Marcus se desvanecen, la Dra. Elena Cortez sale de entre las sombras, con sus ojos agudos que han sido testigos de todo el intercambio. Se aclara la garganta, haciendo que Jake dé un pequeño respingo.

"Jake, ¿podemos hablar en mi despacho, por favor?" Su tono no deja lugar a discusiones.

Jake la sigue a regañadientes, con la mandíbula rígida. En los estériles confines de su despacho, la doctora Cortez se apoya en su escritorio y mira a Jake con fijeza penetrante.

"Entonces, Jake, hablemos de esas supersticiones tuyas. Y ya que estamos, tu... dependencia de la presencia de Sarah".

Las defensas de Jake se ponen inmediatamente en su sitio. "Con el debido respeto, Doc, no hay

nada de qué hablar. Estoy lanzando mejor que nunca. ¿Dónde está el problema?"

La Dra. Cortez suspira, pellizcándose el puente de la nariz. "El problema, Jake, es qué pasará cuando Sarah se vaya. ¿Has considerado...?"

"Estoy bien", interrumpe Jake, con voz cortante. "Mi relación con Sarah, mis rituales antes del partido... son asunto mío. Ahora, si me disculpas, tengo entrenamiento".

Se marcha enfadado, dejando a la Dra. Cortez sacudiendo la cabeza, con la preocupación marcada en sus rasgos.

Mientras tanto, al otro lado de la ciudad, el apartamento de Sarah parece haber sido arrasado por un tornado. Ropa, libros y recuerdos ensucian todas las superficies mientras Sarah y Kenna se enfrentan a la monumental tarea de recoger una vida.

Kenna levanta una camiseta descolorida de los Twisters y enarca una ceja. "¿Te quedas con esto?"

Sarah hace una pausa, con las manos llenas de fotografías. "No lo sé".

Kenna deja la camiseta a un lado y se sienta junto a su amiga. "Muy bien, cuéntame. ¿Qué pasa realmente por tu cabeza?"

Los hombros de Sarah se hunden. "Me siento como si me estuvieran partiendo en dos, Kenna. Este trabajo en Tokio es una oportunidad increíble. Pero la forma en que me mira a veces. Como si yo fuera su milagro personal".

"¿Y eso no es lo que quieres?" Kenna sondea suavemente.

"Quiero que me vean por mí", susurra Sarah. "No como un amuleto de la suerte o un símbolo de buena suerte. Pero si me voy, ¿y si estoy cometiendo el mayor error de mi vida?"

Kenna rodea a su amiga con un brazo. "Cariño. A veces, tienes que lanzarte a la piscina, aunque puedas fallar".

El siguiente partido en casa llega con toda la sutileza de un tren de mercancías. Jake está en plena forma, sus lanzamientos encuentran la zona de strike con una precisión infalible. Pero entre entradas, mientras bebe un vaso de agua, escucha a dos aficionados detrás del banquillo.

"¡Hombre, Cooper está que arde esta noche!"

"Sí, ¿pero qué pasará cuando la hija del dueño se vaya? He oído que se muda al extranjero".

"¿En serio? Cooper va a estar perdido sin su amuleto de la suerte".

Las palabras golpean a Jake como un golpe físico. Tantea su botella de agua, la duda asoma a sus ojos por primera vez en toda la noche.

Mientras el sol se oculta en el horizonte, pintando el cielo de Oklahoma con un derroche de

naranjas y morados, Jake y Sarah se encuentran caminando uno al lado del otro en un parque local. Se detienen junto a la orilla de un pequeño lago, cuya superficie es un espejo que refleja el colorido cielo.

Jake se aclara la garganta. "Sarah, yo..."

En el mismo momento, Sarah comienza, "Jake, tenemos que..."

Ambos se detienen y una risa incómoda rompe la tensión por un breve instante. Jake le hace un gesto a Sarah para que continúe, pero ella niega con la cabeza, pues de pronto las ondas del lago le parecen fascinantes.

El silencio se extiende entre ellos, lleno de todas las cosas que temen decir. El peso de sentimientos demasiado complejos para desenredarlos flota en el aire como el humo.

Al caer la noche, Jake y Sarah permanecen junto al lago, dos siluetas que se perfilan en el crepúsculo. Su conversación queda suspendida, como un gato de Schrödinger de posibilidades, habladas y no habladas, resueltas y no resueltas, todo a la vez.

♡ Capítulo 3 ♡

El Twister Stadium se transforma en un mar de azul y blanco, con serpentinas que bailan en la suave brisa de Oklahoma como banderines que celebran una victoria agridulce. Una pancarta, con sus letras en negrita proclamando "¡Te echaremos de menos, Sarah!" se extiende sobre el banquillo, un duro recordatorio de la inminente partida que se cierne sobre las festividades como una nube de tormenta.

En el centro de este caos arremolinado se encuentra Sarah Thompson, con su cabello dorado reflejando el sol de la tarde. Es el ojo del huracán, rodeada por un torbellino de simpatizantes, cuyas voces son una cacofonía de deseos de buena suerte y despedidas melancólicas. La sonrisa de Sarah, esculpida con la determinación de un soldado, no le llega a los ojos. Esos orbes azules, normalmente brillantes de picardía, llevan ahora una sombra de duda, de arrepentimiento.

La camioneta de Jake Cooper entra con estruendo en el aparcamiento, el sonido contrasta con el ambiente festivo. Se queda sentado un momento, con el motor al ralentí, mirando la pequeña caja de regalo que hay en el asiento del copiloto como si de repente le fueran a salir alas y echarse a volar. Respirando hondo, pero sin calmar los nervios, Jake apaga el motor y coge la caja con los nudillos blancos por la tensión.

A medida que se acerca al estadio, los sonidos de las risas y las conversaciones alegres le invaden. Jake vacila al borde de la multitud, una figura solitaria en medio de la jovial reunión. Sus ojos se clavan en Sarah, que echa la cabeza hacia atrás riéndose de algo que ha dicho Kenna Lee. El sonido de su alegría retuerce algo en el pecho de Jake, un dolor agridulce al que no puede poner nombre.

El entrenador Bill Hawkins, siempre observador, se da cuenta de la vacilación de Jake. El rudo anciano se acerca a su lanzador estrella, con el rostro curtido y arrugado por la comprensión. "¿Piensas unirme a la fiesta, Cooper, o vas a lanzar desde aquí?". Sin esperar respuesta, Hawkins le da a Jake un suave pero firme empujón hacia adelante.

Jake tropieza ligeramente, atraído inexorablemente hacia Sarah como un cometa atrapado por la atracción gravitatoria de un planeta. A medida que se acerca, una mancha azul y plateada se arremolina entre ellos. Tornado Tex, la incontenible mascota del equipo, gira en círculos vertiginosos alrededor de Jake y Sarah, su enorme sombrero de vaquero se mantiene milagrosamente en su sitio.

"¡Bueno, unta mi galleta con mantequilla!" La voz de Tex retumba a través de su megáfono. "¡Pero si es nuestro lanzador estrella que viene a despedirse de nuestro amuleto de la suerte!"

El público estalla en carcajadas, la tensión se rompe momentáneamente por las payasadas de Tex. Incluso Sarah no puede evitar soltar una risita, el sonido es como música para los oídos de Jake. Por un breve instante, sus miradas se cruzan sobre la forma giratoria de Tex, una chispa de su antigua camaradería reavivándose.

"Muy bien, Tex, no te marees ahora", dice Sarah con una risita, extendiendo la mano para sujetar

a la mascota cuando se detiene tambaleándose.

Jake aprovecha el momento, da un paso adelante y empuja la pequeña caja de regalo hacia Sarah. "Yo... te he traído algo. Para que nos recuerdes. El equipo, quiero decir".

Sarah coge la caja y sus dedos rozan los de Jake durante un instante. El contacto provoca una sacudida en ambos, como una descarga estática en un día seco. Con manos ligeramente temblorosas, Sarah abre la caja y sus ojos se abren de sorpresa.

Sobre un lecho de suave terciopelo descansa una delicada pulsera de plata. De ella cuelga un diminuto colgante de béisbol que capta la luz y hace bailar reflejos prismáticos sobre el rostro de Sarah. Por un momento, el tiempo parece detenerse. Sarah mira a Jake, sus ojos brillan con una emoción demasiado compleja para nombrarla. Jake la mira, sus propios ojos son un espejo de palabras no dichas.

El momento cargado se extiende entre ellos, toda una conversación sucediendo en el silencio. Pero antes de que ninguno de los dos pueda romper el hechizo, la voz de Kenna corta el aire.

"¡Oh, déjame ver!" Se inclina, examinando la pulsera con exagerado interés. "Wow, Cooper, ¿quién sabía que tenías tan buen gusto?"

El momento se rompe como si fuera de cristal. Sarah parpadea rápidamente, como si saliera de un trance, mientras Jake da un paso atrás, frotándose torpemente la nuca con la mano.

"Es precioso, Jake. Gracias", dice Sarah en voz baja, apenas por encima de un susurro.

Cuando Sarah se abrocha la pulsera en la muñeca, el pequeño colgante de béisbol vuelve a brillar. La fiesta continúa a su alrededor, pero para Jake y Sarah, el mundo se ha reducido a este único y brillante momento, tan fugaz y precioso como un partido perfecto.

Comienza el calentamiento previo al partido y Jake Cooper sube al montículo con una intensidad que crepita en el aire como la electricidad. Su primer lanzamiento pasa silbando el guante del receptor con un sonido como de seda desgarrada, dejando una estela de vapor a su paso. El siguiente se curva tan bruscamente que parece desafiar las leyes de la física, provocando las exclamaciones del público.

La Dra. Elena Cortez está de pie al borde del banquillo, con el portapapeles olvidado entre las manos, mientras observa la exhibición de Jake. Arruga la frente, dividida entre la admiración profesional por su habilidad y la creciente preocupación por la energía casi maníaca que irradia. Toma nota mentalmente para comprobar sus niveles de cortisol después del partido y murmura en voz baja: "Esto no puede ser sostenible".

Cuando se lanza el primer lanzamiento, el Twister Stadium está lleno hasta la bandera, un mar de azul y blanco salpicado por el flash ocasional de una cámara. En el palco de prensa, Jennika Phillips se inclina hacia delante, su bolígrafo vuela sobre su bloc de notas mientras capta cada matiz de la actuación de Jake. Sus ojos se entrecierran y miran a Jake en el montículo y a Sarah en las gradas, reconstruyendo una historia que va más allá de las meras estadísticas de béisbol.

"Consigue una toma de Thompson en las gradas", murmura Jennika a su cámara. "Quiero ver su reacción a cada lanzamiento".

El partido se desarrolla como una obra maestra pintada en tiempo real. Los lanzamientos de Jake cortan el aire con precisión quirúrgica, dejando al bateador tras el bateador sacudiendo la cabeza con incredulidad mientras caminan de vuelta al banquillo. Para cuando llega la séptima entrada, el marcador electrónico cuenta una historia de dominio absoluto.

Un murmullo de excitación recorre a la multitud. El cántico comienza en la sección de hemiciclos, un ruido sordo que rápidamente desciende por las gradas hasta convertirse en un rugido ensordecedor.

"¡COOPER! ¡COOPER! COOPER!"

Jake está de pie en el montículo, disfrutando de la adoración, con el pecho agitado por el esfuerzo y la emoción. Por un momento, parece invencible, imparable, una fuerza de la naturaleza en uniforme de béisbol.

Pero en las gradas se desarrolla un drama diferente. Sarah se remueve en su asiento, su incomodidad aumenta con cada entrada que pasa. La algarabía de los aficionados cercanos es como papel de lija para sus nervios.

"¡Cooper está que arde esta noche!", exclama un hombre corpulento con una gorra de los Twisters. "¡Es su amuleto de la suerte, te lo aseguro!"

Su acompañante, una mujer con un dedo de espuma, asiente con entusiasmo. "He oído que pronto se irá de la ciudad. Me pregunto cómo se las arreglará Cooper cuando ella no esté".

Las palabras golpean a Sarah como un golpe físico. Su sonrisa, cada vez más tensa a medida que avanza el juego, finalmente se desmorona. Se mira las manos y retuerce la pulsera que Jake le regaló antes.

Kenna, siempre atenta, se da cuenta de la angustia de Sarah. Se acerca y aprieta la mano de su amiga. "Oye", dice suavemente, su voz apenas audible por encima del rugido de la multitud. "¿Estás bien?"

Sarah levanta la vista, sus ojos brillan con lágrimas no derramadas. "No lo sé, Kenna", susurra. "Realmente no lo sé".

Mientras el partido continúa, Sarah se queda congelada en su asiento, atrapada entre la euforia por la actuación de Jake y el creciente peso de su inminente partida. El pequeño amuleto de béisbol que lleva en la muñeca capta las luces del estadio y le guiña un ojo como un signo de interrogación silencioso. Se pregunta si está cometiendo el mayor error de su vida o si marcharse es la única forma de descubrir quién es realmente más allá de ser el "amuleto de la suerte" de Jake Cooper.

La tensión en el Twister Stadium alcanza su punto álgido cuando Jake Cooper se prepara para el que podría ser su lanzamiento récord. El público contiene la respiración, el silencio es tan

absoluto que se podría oír caer una bolsa de colofonia. El brazo de Jake da un latigazo hacia delante, lanzando una bola rápida que atraviesa el aire como un meteoro, dejando al bateador congelado a su paso.

La llamada del árbitro queda ahogada por la explosión de ruido de las gradas. "¡GOLPE TRES! ¡ESTÁS FUERA!"

El estadio estalla en un pandemónium. Los aficionados se ponen en pie de un salto y vuelan bebidas y palomitas mientras celebran el nuevo récord de strikeouts. Pero Jake, solo en el montículo en medio del caos, solo tiene ojos para una persona.

Su mirada se fija en Sarah en las gradas, el rugido de la multitud se desvanece en un zumbido sordo en sus oídos. Sin pensarlo, sus pies comienzan a moverse, llevándolo hacia ella con una determinación absoluta. La expresión de su rostro es la de un hombre a punto de dejar al descubierto su corazón, sin importar las consecuencias.

Sarah lo ve venir y sus ojos se abren de par en par con una mezcla de expectación y miedo. Se levanta a medias de su asiento, atraída por la intensidad de la aproximación de Jake.

Pero el destino, al parecer, tiene otros planes.

Justo cuando Jake llega al borde del campo, un tornado plateado y azul se materializa entre ellos. Tornado Tex, presa del espíritu festivo, agarra a Sarah y la arrastra en un improvisado baile de la victoria. Sarah grita sorprendida, pero su protesta se pierde en el entusiasta griterío de la mascota.

"¡Vamos a girar para nuestro Twister, señorita!" La voz de Tex retumba a través de su megáfono, haciendo girar a Sarah en círculos vertiginosos.

El momento se rompe como una bola rápida que atraviesa una ventana. Jake se queda helado y las palabras que iba a decir se le mueren en los labios. Antes de que pueda recuperarse, sus compañeros de equipo descienden sobre él, una oleada de cuerpos jubilosos lo levantan y lo llevan de vuelta al campo.

Sarah, finalmente liberada de las garras de Tex, observa cómo se llevan a Jake. Su rostro es un lienzo de emociones contradictorias: el alivio por el momento interrumpido se enfrenta a un palpable sentimiento de decepción. Se hunde en su asiento y acaricia distraídamente la pulsera que lleva en la muñeca.

Horas más tarde, mucho después de que la multitud se haya dispersado y el estadio haya caído en un silencio inquietante, Sarah se encuentra deambulando por los pasillos. La celebración se ha apagado, dejando tras de sí un silencio contemplativo.

Cuando Sarah sale del estadio, sus pasos son lentos y pesados, como si sus pies trataran de memorizar cada centímetro del camino que ya ha recorrido innumerables veces. Llega a su coche, con las llaves en la mano, pero algo la hace detenerse.

Se vuelve y mira hacia el campo. Las luces del estadio siguen encendidas, proyectando largas

sombras sobre las gradas vacías. Y allí, en el montículo del lanzador, una figura solitaria se recorta contra el día artificial.

Jake Cooper, solo en el inmenso vacío del estadio, se prepara y lanza una bola tras otra a la manopla de un receptor imaginario. Sarah lo observa durante un largo momento, con la mano moviéndose inconscientemente para tocar el colgante de béisbol de su muñeca. Luego, respirando hondo y cuadrando los hombros, se da la vuelta, entra en su coche y se adentra en la noche de Oklahoma.

Mientras ella desaparece en la oscuridad, Jake continúa su práctica solitaria, ajeno al testigo de su vigilia de medianoche. Las luces del estadio brillan, iluminando un campo de sueños y un futuro que pende de un hilo, tan incierto como el arco de una pelota que sale de la mano de un lanzador.

♡ Capítulo 4 ♡

Los primeros rayos del alba se deslizan sobre Oklahoma City, pintando el cielo con suaves tonos rosas y dorados. Pero Jake Cooper, que se pasea por el salón de su casa como un tigre enjaulado, no ve la belleza que se esconde tras su ventana. Su atención se centra únicamente en las palabras que salen de sus labios, un mantra que lleva repitiendo toda la noche.

"Sarah, sé que te vas, pero necesito decirte..." Jake se pasa una mano por el pelo, despeinándolo aún más. "No, eso no está bien. Sarah, eres más que un amuleto de la suerte para mí..."

Sus ojos se fijan en el reloj de pared, que marca la cuenta atrás para la partida de Sarah. De repente, el ensayo de Jake se detiene. "Ya es tarde", gime, coge las llaves y sale corriendo hacia la puerta. En su apuro, casi se olvida de cerrar, tanteando con la llave antes de correr a su camioneta.

Las calles de Oklahoma City se desdibujan mientras Jake supera el límite de velocidad con los nudillos blancos sobre el volante. Su mente corre más rápido que su vehículo, imaginando todas las situaciones posibles. Cuando se detiene frente a la casa de Sarah, está sin aliento y con los nervios a flor de piel.

Jake respira hondo y se endereza la camisa mientras se acerca a la puerta principal. Levanta la mano para llamar cuando la voz de Sarah se cuele por una ventana abierta, deteniéndolo en seco.

"...me siento tan sofocada, papá. Es como si no pudiera respirar sin que Jake dependiera de mí para cada uno de sus lanzamientos. Soy más que su amuleto de la buena suerte, ¿no?"

Las palabras golpean a Jake como un golpe físico, sacándole el aire de los pulmones. Se tambalea hacia atrás, con su discurso cuidadosamente ensayado haciéndose polvo en su mente. En su estado de aturdimiento, choca contra un cubo de basura, que cae al suelo con un estruendo que parece resonar en la tranquila mañana.

Dentro de la casa, la voz de Sarah se corta bruscamente. "¿Qué ha sido eso? ¿Hay alguien ahí?"

El pánico se apodera de Jake. Se da la vuelta y echa a correr, con los pies golpeando el pavimento mientras huye de la escena, dejando atrás algo más que basura volcada.

A kilómetros de distancia, en el aeropuerto Will Rogers World, Sarah Thompson cuelga la llamada con su padre y mira confusa el teléfono. Está de pie en medio del ajetreo de la terminal de salidas. Sus ojos recorren la multitud con esperanza, buscando una cara conocida que no está allí. Kenna Lee, a su lado, la mira con simpatía.

"No va a venir, ¿verdad?" Sarah pregunta, su voz apenas audible sobre los anuncios del aeropuerto.

Kenna la estrecha en un fuerte abrazo. "Lo siento, cariño. Pero oye, ¡esta es tu gran aventura! Y no te preocupes, te mantendré informada de todos los cotilleos del equipo".

Sarah fuerza una sonrisa, pero no le llega a los ojos. "Gracias, Kenna. No sé qué haría sin ti".

Mientras Sarah pasa por el control de seguridad, se detiene un momento y su mano se dirige inconscientemente a la pulsera que lleva en la muñeca. Sus dedos rozan la pequeña pelota de béisbol plateada y una expresión de nostalgia se dibuja en su rostro. Por un momento, mira hacia atrás como si esperara ver a Jake corriendo por el aeropuerto, llamándola por su nombre.

Pero la multitud detrás de ella es sólo un mar de caras desconocidas. Con un suave suspiro, Sarah se da la vuelta, cuadrando los hombros mientras avanza. La pulsera de dijes capta las luces fluorescentes del aeropuerto, la pequeña bola de béisbol guiña un ojo como una despedida mientras Sarah desaparece en la terminal, dejando atrás el único hogar que ha conocido y el hombre del que nunca llegó a despedirse.

De vuelta en casa de Sarah, un confundido Sr. Thompson se asoma a la ventana delantera, observando la tranquila calle y el cubo de basura volcado. Sacude la cabeza y murmura que los mapaches son cada vez más atrevidos. Mientras sale a recoger el cubo, no es consciente del drama que acaba de desatarse en su jardín ni del corazón que tiene destrozado en algún lugar de aquí al aeropuerto.

El sol de Oklahoma se eleva en el cielo y comienza otro día en la ciudad. Pero para Jake Cooper, desplomado en su camioneta aparcada al azar en una tranquila calle lateral, y para Sarah Thompson, acomodada en su asiento de un avión con destino a Tokio, parece más un final que un principio. La ciudad sigue adelante, ajena a la silenciosa angustia que se desarrolla dentro de sus límites, mientras una historia de amor queda inconclusa, con sus últimos capítulos aún por escribir.

El vestuario de los Twisters, normalmente un hervidero de energía antes del partido, está envuelto en un silencio incómodo. Jake Cooper está sentado encorvado en un banco, con sus calcetines de la suerte retorcidos en las manos como un salvavidas. Sus compañeros le dirigen miradas preocupadas, la tensión es evidente.

Marcus Thompson, siempre bromista, se acerca a Jake. "¡Hola, Coop! ¿Listo para hacer llorar a estos bateadores por sus madres?". Su sonrisa vacila cuando Jake ni siquiera levanta la vista. Marcus lo intenta de nuevo, "Vamos, hombre. ¿Dónde está ese instinto asesino?"

Los nudillos de Jake se blanquean alrededor de los calcetines. "Ahora no, Marcus", dice, con la voz hueca.

Marcus retrocede y lanza una mirada de impotencia al entrenador Hawkins. El anciano sacude ligeramente la cabeza, con el rostro curtido y preocupado.

Cuando el equipo sale al campo bañado por el sol, los pasos de Jake se quedan atrás. Sus ojos se dirigen inexorablemente hacia las gradas, buscando el asiento familiar que siempre ha sido su ancla. El espacio vacío donde debería estar Sarah bosteza como un agujero negro, amenazando con tragárselo entero.

El entrenador Hawkins, que vigila de cerca a Jake, capta la mirada del Dr. Cortez en el banquillo.

Comparten una mirada cargada, años de experiencia les dicen que este juego podría terminar incluso antes de que comience.

El grito del árbitro de "¡A jugar!" parece sacar a Jake de su trance. Sube al montículo con movimientos mecánicos, desprovistos de su fluida gracia habitual. Cuando se prepara para su primer lanzamiento, el estadio contiene la respiración.

La pelota sale de la mano de Jake como un pájaro herido y se dirige en espiral hacia el bateador. Se oye un grito ahogado cuando el bateador se aparta de la trayectoria, la pelota pasa volando y golpea contra la barrera.

Se hace un silencio repentino y comienzan los murmullos, que se extienden entre la multitud como olas en un estanque agitado.

En el palco de prensa, Jennika Phillips se inclina hacia delante, con el bolígrafo sobre el bloc de notas. "Vaya, vaya", se dice a sí misma, con un brillo depredador en los ojos. "Parece que nuestro lanzador estrella ha perdido su brillo. Y creo que sé por qué".

A medida que avanza el partido, queda claro que se trata de algo más que un mal día. Los lanzamientos de Jake carecen de su precisión habitual y caen muy lejos de la zona de strike o cuelgan tentadoramente sobre el plato. Los bateadores, que antes temían enfrentarse a él, ahora sonríen al acercarse, presintiendo que son presa fácil.

En la cuarta entrada, el marcador muestra un panorama sombrío. Los Twisters pierden por cinco carreras y la frustración de Jake es visible incluso desde los asientos de primera fila. Se pasea por el montículo entre lanzamientos, tirando de su gorra, hablando consigo mismo.

En un intento desesperado por levantar el ánimo, Tornado Tex se lanza a su famoso "Twister Dance". Pero incluso la energía maníaca de la mascota parece forzada, sus giros son más frenéticos que divertidos. La respuesta del público es tibia en el mejor de los casos, con la atención fija en el choque de trenes que se desarrolla en el campo.

El entrenador Hawkins se pasea por el banquillo, mordiéndose los labios. Sabe que debería retirar a Jake, pero algo se lo impide. Tal vez es la esperanza de que Jake se recupere, o tal vez es el conocimiento de que dejarlo en el banquillo ahora podría destruir lo que queda de su confianza.

Mientras Jake se prepara para otro lanzamiento, sus ojos se desvían una vez más hacia el asiento vacío de la grada. Por un momento, ve un destello de cabello dorado y una sonrisa alentadora. Pero es sólo un espejismo, un truco de la mente que le hace sentirse más solo que nunca.

El lanzamiento se va fuera y suena la voz del árbitro: "¡Bola cuatro! Toma tu base!"

Los hombros de Jake se desploman como si el peso de todo el estadio se hubiera posado sobre ellos. Todo el mundo tiene claro que se está perdiendo algo más que un partido en esta soleada tarde de Oklahoma. Están presenciando el desmoronamiento de un hombre que ha perdido su ancla, un lanzador que ha olvidado cómo creer en sí mismo sin su amuleto de la suerte.

Cuando el partido por fin termina, Jake regresa al banquillo. El público, que antes lo adoraba, es ahora un mar de caras decepcionadas y cabezas temblorosas. En el palco de prensa, el bolígrafo de Jennika vuela por su bloc de notas, documentando cada doloroso detalle de la caída en desgracia de Jake Cooper.

Después del partido, los Twisters se reúnen en el vestuario, con el aire cargado de decepción y preocupación. El entrenador Hawkins está de pie ante ellos, con su rostro curtido por la preocupación.

"Muy bien, escuchad", empieza, con voz áspera pero no desagradable. "Hemos tenido días mejores, eso está claro. Pero somos un equipo, y nos mantenemos unidos en las buenas y en las malas. Cooper está pasando por algo, y es nuestro trabajo cubrirle las espaldas".

Los jugadores asienten, pero sus expresiones son inciertas. Marcus rompe por fin el silencio y se levanta para dirigirse a sus compañeros.

"Mira, todos sabemos que Jake es mejor de lo que hemos visto hoy. Ha sido nuestra roca toda la temporada. Ahora es nuestro turno de ser el suyo. Sea lo que sea por lo que esté pasando, vamos a ayudarlo a superarlo. Eso es lo que hacen los equipos".

Sus palabras parecen disipar parte de la tristeza, los jugadores se enderezan y la determinación sustituye a la derrota en sus ojos.

Mucho después de que los decepcionados aficionados se hayan marchado y el equipo de limpieza haya terminado su trabajo, una figura solitaria permanece de pie en el montículo del lanzador del estadio Twister. Jake, todavía con su uniforme, mira fijamente el asiento vacío donde solía sentarse Sarah como si, por pura fuerza de voluntad, pudiera hacerla aparecer.

Las luces del estadio, al notar la falta de movimiento, empiezan a apagarse una a una. Las sombras se deslizan por el campo, pero Jake permanece inmóvil, como una estatua tallada en la decepción y el anhelo.

Cuando la última luz se apaga, sumiendo el estadio en una oscuridad total, Jake no se mueve. Permanece de pie, una silueta contra el cielo nocturno, con el peso de su peor partido -y la ausencia de su presunto amuleto de la suerte- presionándole como una fuerza física.

A lo lejos, un coyote solitario aúlla y su lúgubre grito resuena en el estadio vacío. Es una banda sonora adecuada para la escena: un hombre perdido en la oscuridad, luchando por encontrar su camino sin la luz de la que había llegado a depender.

♡ Capítulo 5 ♡

El vestuario de los Tornado Twisters parece más una funeraria que el hogar de un equipo de béisbol profesional. Las habituales bromas previas a los partidos se ven sustituidas por un pesado silencio, sólo roto por el suave ruido sordo de la equipación al ponérsela y algún que otro suspiro.

Jake se sienta frente a su taquilla, una isla de aislamiento en el sombrío ambiente. Sus calcetines de la suerte, que antes llevaba con orgullo, ahora yacen arrugados en sus manos como sueños desechados. Sus ojos, normalmente llenos de entusiasmo antes del partido, están apagados y desenfocados.

Al otro lado de la habitación, Jasper Reeves observa a Jake con un rostro lleno de emociones contradictorias. La preocupación frunce su ceño, pero hay una tirantez alrededor de su boca que habla de una creciente frustración. Da un paso hacia Jake, pero luego parece pensárselo mejor y se vuelve con un movimiento de cabeza.

Cuando el equipo sale al campo, la voz del locutor resuena por los altavoces del estadio. "Y ahora, tomando el montículo para los Tornado Twisters ... Jake Cooper." Las palabras, una vez pronunciadas con gusto de showman, ahora caen planas, como si incluso el locutor no pudiera reunir entusiasmo para lo que está por venir.

La respuesta del público es una pálida sombra de lo que fue. Donde antes se oían vítores ensordecedores, ahora sólo se escuchan algunos aplausos educados entremezclados con murmullos de duda.

En las gradas detrás del home, un grupo de aficionados despliega una gran pancarta. Las letras en negrita golpean a Jake como un golpe físico: "¿Dónde está la magia, Cooper?". Se estremece, sus ojos se desvían hacia el asiento vacío donde solía sentarse Sarah, antes de volver a mirar hacia el montículo.

Jake se coloca en su posición y siente el balón como algo extraño en la mano. Su movimiento es una mala imitación de su fluida gracia habitual. El lanzamiento sale de su mano como un pájaro herido, volando alto y ancho. Pasa zumbando por delante del sorprendido receptor y se estrella contra la barrera con un ruido sordo.

El banquillo del equipo contrario estalla en abucheos y silbidos. "¡Hey Cooper, el plato está aquí abajo!" "Supongo que la magia realmente se ha ido, ¿eh?"

En el banquillo de los Twisters, el entrenador Hawkins se estremece como si hubiera sido él el golpeado. Se vuelve hacia el Dr. Cortez, con el rostro curtido por la preocupación. "Doc, lo estamos perdiendo. Rápido".

La Dra. Cortez asiente sombríamente, sin apartar los ojos de Jake. "No es sólo su juego el que se está desmoronando, Bill. Es él".

En la tercera entrada, el partido se ha convertido en un espectáculo doloroso. Los lanzamientos de Jake son desordenados y el marcador muestra una historia sombría. Jasper Reeves, incapaz de aguantar más, corre hacia el montículo.

"Oye, Coop", empieza Jasper, su voz baja y urgente. "Te estás abriendo demasiado pronto. Intenta permanecer cerrado un poco más y..."

"¡Sé cómo lanzar!" Jake chasquea, su voz lo suficientemente aguda como para cortar. "No necesito tus consejos, Reeves. Sólo juega en tu posición y déjame hacer mi trabajo".

El veneno en la voz de Jake sorprende a Jasper. Abre la boca para replicar, pero Marcus Thompson ya está allí, interponiéndose entre los dos.

"Tranquilos, chicos", dice Marcus, con las manos en alto. "Estamos todos en el mismo equipo, ¿recuerdan?"

El árbitro se acerca con rostro severo. "Sepárense, caballeros. Más retrasos y tendré que penalizarles".

Mientras Jasper y Marcus vuelven corriendo a sus posiciones, Jake permanece en el montículo, una figura solitaria frente a la vasta extensión del campo. El balón que tiene en la mano bien podría ser un objeto extraño, a pesar de lo cómodo que le resulta.

En las gradas, las voces se hacen más fuertes. Los aficionados sacuden la cabeza, algunos ya se dirigen a las salidas. La pancarta "¿Dónde está la magia, Cooper?" parece crecer cada vez más.

Jake respira hondo, intentando centrarse. Pero cuando mira hacia el home, lo único que ve es el asiento vacío donde Sarah solía sentarse para animarle. El vacío parece burlarse de él, una representación visual del agujero en su juego y en su corazón.

Mientras se prepara para su siguiente lanzamiento, el peso de las expectativas, la decepción y la pérdida se ciernen sobre él. La pelota sale de su mano y su trayectoria es tan incierta como el futuro de Jake en el equipo. El chasquido del bate al chocar con la pelota resuena en todo el estadio, y Jake sólo puede ver cómo otro batazo pasa por delante de él hacia el outfield.

La espiral descendente continúa, cada lanzamiento, cada hit, cada carrera anotada en su contra arrastra a Jake aún más hacia el abismo. Y en algún lugar de Tokio, ajena al caos que se desarrolla en un campo de béisbol de Oklahoma, Sarah Thompson sigue con su nueva vida, con el pequeño amuleto de béisbol de su pulsera como recordatorio constante de lo que dejó atrás.

La sexta entrada se desarrolla como un accidente de coche a cámara lenta, cada lanzamiento de Jake más desastroso que el anterior. El entrenador Hawkins está de pie en el borde del banquillo, su rostro es una máscara de sombría determinación. Finalmente, levanta la mano, haciendo una señal al árbitro.

"¡Cooper! Estás acabado", grita Hawkins, su voz se oye en el campo repentinamente silencioso.

Los hombros de Jake se desploman como si las palabras le hubieran golpeado físicamente. Se

aleja del montículo, con la mirada fija en el suelo, mientras emprende el largo camino de vuelta al banquillo. El silencio se rompe por un sonido que Jake nunca había oído antes dirigido a él: abucheos. Empiezan suavemente, luego aumentan de volumen, cayendo en cascada desde las gradas como una lluvia amarga.

Tornado Tex, siempre optimista, se lanza a una rutina improvisada, girando salvajemente y agitando su lazo. "¡Vamos, amigos! Mostremos un poco de espíritu Twister". Pero sus payasadas fracasan, y su energía, normalmente contagiosa, se ve absorbida por la abrumadora decepción que invade el estadio.

Después del partido, el vestuario es un polvorín de tensión. Jasper Reeves, con la paciencia al límite, se enfrenta a Jake.

"¿Qué demonios fue eso de ahí fuera, Cooper?" Jasper exige, entrando en el espacio de Jake. "¡Estás hundiendo a todo el equipo con tu fiesta de lástima!"

Jake levanta la cabeza, con los ojos encendidos. "Atrás, Reeves. No sabes de lo que estás hablando".

"¡Sé que estás demasiado ocupado compadeciéndote de ti mismo para recordar cómo lanzar!" Jasper responde.

Jake se lanza hacia delante, con el puño en alto. Jasper no retrocede. Justo cuando parece que los puños están a punto de volar, el entrenador Hawkins se interpone entre ellos.

"¡Ya basta!" Hawkins ruge, empujándolos aparte. "¡Cálmense, los dos!"

El resto del equipo observa en incómodo silencio, el aire espeso de tensión no resuelta.

Horas más tarde, mucho después de que el estadio se haya vaciado, la Dra. Elena Cortez encuentra a Jake sentado solo en las gradas, mirando el campo vacío.

"Jake", le dice suavemente, tomando asiento a su lado. "Creo que podría ayudarte hablar con alguien sobre lo que estás pasando. No se trata sólo de béisbol, ¿verdad?"

Jake no la mira a los ojos. "Estoy bien, Doc. Sólo necesito practicar más. Ya me las arreglaré".

El Dr. Cortez suspira, reconociendo la terquedad de la mandíbula de Jake. "Jake, no hay vergüenza en pedir ayuda..."

"He dicho que estoy bien", la interrumpe Jake, poniéndose de pie bruscamente. "Gracias por preocuparte, pero puedo encargarme de esto yo solo".

Su teléfono zumba y la pantalla se ilumina con un mensaje de Sarah. Lo mira y pasa el dedo por encima del mensaje. Pero entonces aprieta la mandíbula y tira el teléfono al suelo.

El horizonte de Tokio brilla como una galaxia de estrellas de neón mientras Sarah Thompson se

sienta a la mesa de un elegante restaurante, rodeada de sus nuevos colegas. Su animada charla sobre el último proyecto se convierte en ruido de fondo mientras Sarah mira su teléfono por enésima vez.

"¿Sarah? ¿Qué te parece la nueva estrategia de marketing?", le pregunta su jefe, devolviéndola a la realidad.

"Oh, yo... Creo que es brillante", balbucea Sarah, forzando una sonrisa. "Pero, ¿hemos pensado en integrar a los influencers de las redes sociales? Podría aumentar significativamente nuestro alcance".

Sus compañeros asienten con la cabeza, impresionados por su rapidez mental. Pero cuando empiezan a hablar de posibles personas influyentes, la atención de Sarah vuelve a desviarse. Su pulgar pasa por encima de la página de fans de los Twister, y en su interior se libra una guerra entre el deseo de saber y el miedo a lo que pueda encontrar.

Mientras tanto, en Oklahoma City, se avecina una tormenta fuera del Twister Stadium. Se ha congregado una multitud de aficionados, con caras de enfado y decepción. Las pancartas se balancean por encima de la multitud: "¡Cambio de Cooper!" "¡Queremos a nuestro As de vuelta!" "¡No más excusas!"

Jennika Phillips serpentea entre la multitud con el micrófono en la mano y una mirada aguda que capta todos los detalles. Se detiene ante un fan especialmente ruidoso.

"Señor, ¿qué cree que tiene que pasar para que los Twisters den la vuelta a esta temporada?".

El hombre, con la cara roja por la emoción, no duda. "¡Cooper tiene que irse! Está hundiendo a todo el equipo. ¡Intercámbialo mientras aún tenga algún valor!"

Jennika asiente con simpatía y se vuelve hacia la cámara. "Como pueden ver, la frustración de los aficionados está llegando a un punto de ebullición. La pregunta en la mente de todos es ¿cuánto tiempo pueden permitirse los Twisters seguir con su lanzador estrella en apuros?".

Dentro del estadio, el ambiente en el despacho del entrenador Hawkins es igual de tenso. El entrenador está sentado detrás de su escritorio, con el rostro curtido por la preocupación. A su alrededor, la dirección del equipo y el Dr. Cortez mantienen un acalorado debate.

"No podemos seguir poniéndole ahí fuera", argumenta el director general. "Cada partido que juega, su valor comercial cae en picado".

"Sólo necesita más tiempo", responde el Dr. Cortez. "Esto no es sólo un bajón físico. Cooper está lidiando con serios problemas psicológicos".

El entrenador Hawkins golpea el escritorio con la mano, silenciando la sala. "¡Basta ya! Cooper ha sido el corazón de este equipo durante años. Le debemos una oportunidad para superar esto. Pero nuestra paciencia no es ilimitada. Si no vemos mejoría en los próximos dos partidos,

tendremos que considerar nuestras opciones."

Se levanta la sesión, dejando tras de sí un pesado silencio. Fuera del despacho, ajeno al debate que puede decidir su destino, Jake Cooper pisa el campo en penumbra.

Las luces del estadio parpadean, iluminando la solitaria figura de Jake en el montículo del lanzador. Establece una diana en el home, con un brillo decidido en los ojos. El primer lanzamiento pasa silbando por el aire y falla por centímetros. Jake gruñe de frustración y coge otra bola del cubo que tiene a sus pies.

Un lanzamiento tras otro vuela hacia la diana. Algunos dan en el blanco, pero muchos salen desviados. Con cada fallo, los movimientos de Jake se vuelven más frenéticos, sus lanzamientos más enérgicos. El sudor le gotea por la frente, su respiración es agitada.

Finalmente, tras un lanzamiento vergonzosamente alto, algo dentro de Jake se rompe. Se echa hacia atrás y lanza un grito primitivo de angustia, cuyo sonido resuena en el estadio vacío. El grito sigue y sigue, llevando consigo toda la frustración, el miedo y las dudas que ha ido acumulando durante semanas.

Cuando el eco se desvanece, Jake cae de rodillas sobre el montículo, con el cuerpo agitado por los sollozos. Las luces del estadio proyectan largas sombras sobre el campo, acentuando la soledad de la escena. Jake Cooper, antaño el as imbatible de los Tornado Twisters, es sólo un hombre, perdido y luchando por encontrar el camino de vuelta a sí mismo.

♡ Capítulo 6 ♡

El aire en el estadio Twister crepita de tensión mientras los aficionados acuden a lo que parece más un ajuste de cuentas que un partido de béisbol. El ambiente festivo habitual brilla por su ausencia. En su lugar, hay un trasfondo de energía nerviosa, como si el público contuviera la respiración.

Jake sale del banquillo con pasos pesados hacia el montículo. El murmullo de la multitud aumenta, salpicado de gritos que son a partes iguales aliento y ultimátum.

"¡Demuéstranos que estamos equivocados, Cooper!"

"¡Última oportunidad, Jake!"

"¡No nos decepciones otra vez!"

Jake recorre con la mirada el bosque de carteles. Aprieta la mandíbula y un músculo se le tuerce en la mejilla mientras intenta acallar el ruido y concentrarse en la tarea que tiene entre manos.

Cuando Jake se prepara para su primer lanzamiento, el estadio se queda en un silencio inquietante. La bola sale de su mano, una bola rápida y ardiente que golpea la manopla del receptor con un ruido sordo y satisfactorio.

"¡Strike uno!", grita el árbitro.

El público estalla en vítores y una oleada de alivio invade el estadio. Jake se permite una pequeña sonrisa, un destello de su antigua confianza. Pero el béisbol, como la vida, puede cambiar en un instante.

Su siguiente lanzamiento se cierne tentadoramente sobre el plato. El chasquido del bate al chocar con la pelota resuena en todo el estadio y Jake levanta la cabeza y observa impotente cómo la pelota vuela por encima de la valla del campo exterior. La esperanza que había empezado a florecer en su rostro se marchita y muere.

A medida que avanza el partido, ese primer strike resulta ser el punto álgido de Jake. Cada entrada se convierte en un ejercicio de frustración e inutilidad. Las bolas rápidas, que antes dejaban a los bateadores en el aire, ahora se convierten en line drives. Las bolas curvas, que antes se lanzaban en picado, ahora cuelgan tentadoramente sobre el plato.

En el banquillo, el entrenador Hawkins camina como un tigre enjaulado, con la cara curtida como un mapa de líneas de preocupación. Refunfuña en voz baja, dividido entre su lealtad a Jake y su responsabilidad con el equipo.

"Vamos, chico", gruñe, con los nudillos blancos mientras se agarra a la barandilla del banquillo. "Contrólate".

En la cuarta entrada, el ambiente en el estadio se ha enrarecido por completo. Los abucheos que

antes se limitaban a unos pocos aficionados descontentos se han extendido como un contagio. Jake está de pie en el montículo, parece pequeño y aislado contra el telón de fondo de caras furiosas.

En el momento de lanzar, un bateador se lanza hacia el montículo. Jake abre los ojos alarmado y su cuerpo reacciona por instinto. Se sobresalta y se aparta del proyectil. La pelota le pasa silbando y se le escapa por centímetros.

El tiempo parece ralentizarse mientras Jake recupera el equilibrio y se gira para ver rodar la pelota por el campo. Los corredores rodean las bases, aumentando un marcador ya de por sí abultado. La reacción del público es inmediata y brutal. Llueven abucheos desde todas las direcciones, una estruendosa expresión de decepción y burla.

Jake se queda paralizado en el montículo, con cara de asombro y humillación. No se trata sólo de un mal partido, sino de un desmoronamiento público. El chico de oro del béisbol de Oklahoma City, el as que no podía equivocarse, se ha convertido en un chiste.

En el palco de prensa, Jennika Phillips se inclina hacia delante, sus ojos brillan con el aroma de una historia. "¿Estamos presenciando el final de la carrera de Jake Cooper con los Twisters?", dice en su grabadora.

En las gradas, un niño con la camiseta de Cooper observa con lágrimas en los ojos cómo abuchean a su héroe. Su padre, al ver la angustia del niño, empieza a quitarle la camiseta, como si el fracaso de Jake fuera contagioso.

El rugido de la multitud se convierte en un zumbido sordo cuando el entrenador Hawkins sale del banquillo, su rostro es una máscara de sombría determinación. Levanta el brazo, indicando un cambio de lanzador. Jake lo ve venir y algo dentro de él se desmorona. Es el momento. El último clavo en el ataúd de su carrera.

Hawkins llega al montículo, con la mano curtida tendida hacia la pelota. Cuando Jake la cede, la otra mano del entrenador se posa en su hombro, un gesto de consuelo y solidaridad. Pero Jake, perdido en su espiral de vergüenza y autodesprecio, se encoge de hombros.

"Jake, hijo..." Hawkins comienza, pero Jake ya se está alejando, con los ojos fijos en el suelo.

El camino de vuelta al banquillo es una eternidad comprimida en unas pocas docenas de pasos. Llueven abucheos desde las gradas, intercalados con aplausos dispersos de los aficionados que recuerdan al Jake Cooper de antaño. La mezcla de burla y lástima es casi peor que la hostilidad abierta.

En el vestuario, Jake se mueve como un hombre en trance. Se cambia rápidamente, de forma mecánica, sin mirar a nadie a los ojos. El partido sigue su curso, pero para Jake bien podría haber terminado.

Al otro lado del mundo, en Tokio, Sarah Thompson está sentada en la cama con las piernas

cruzadas y el portátil abierto. El resplandor de la pantalla ilumina su rostro en la habitación a oscuras, proyectando sombras duras que profundizan las líneas de preocupación alrededor de sus ojos.

Mientras ve lo mejor -o lo peor- de la actuación de Jake, se lleva la mano a la boca, con los ojos desorbitados por la sorpresa y la consternación. No se trata sólo de un mal partido, sino de un desmoronamiento total.

Antes de pensárselo mejor, Sarah abre una nueva pestaña y empieza a buscar un vuelo a Oklahoma City. Su corazón se acelera al pulsar el botón "Confirmar". Pero entonces le asalta la duda. ¿De qué serviría su presencia ahora? ¿No complicaría aún más las cosas?

Con un gemido de frustración, cancela la reserva. Se tumba en la cama, mirando al techo, con el colgante de béisbol de su pulsera reflejando la luz de la pantalla del portátil. Nunca se había sentido tan lejos de casa.

Al día siguiente, el campo de entrenamiento de los Twisters está notablemente más tranquilo sin la presencia de Jake. El entrenador Hawkins no deja de mirar su teléfono y frunce el ceño con cada mirada. Finalmente, llama a Marcus.

"Thompson, encárgate de los ejercicios. Necesito ver a Cooper."

Veinte minutos después, Hawkins llama a la puerta del apartamento de Jake. No responde, pero oye movimiento dentro.

¡"Cooper"! Abre, hijo. Es el entrenador."

Tras una larga pausa, la puerta se abre con un chirrido. Jake está de pie, con cara de no haber dormido en días. Tiene el pelo revuelto y los ojos enrojecidos y desenfocados. El apartamento detrás de él está hecho un desastre, con ropa y envases vacíos de comida para llevar esparcidos por todas partes.

"Entrenador", murmura Jake, haciéndose a un lado para dejar entrar a Hawkins.

Hawkins contempla la escena con el corazón encogido. No es sólo un bajón, es un hombre al borde del abismo.

"Jake", dice suavemente. "Háblame. ¿Qué pasa por tu cabeza?"

Jake se hunde en el sofá, con la cabeza entre las manos. Cuando habla, su voz apenas supera un susurro. "No puedo más, entrenador. Estoy pensando en dejarlo".

Las palabras flotan en el aire, pesadas y definitivas. Hawkins se sienta junto a Jake, lo bastante cerca como para ofrecerle apoyo, pero no tanto como para agobiarlo.

"Lo entiendo, hijo. Estás en una situación difícil. Pero déjame preguntarte algo: ¿recuerdas por qué empezaste a jugar al béisbol en primer lugar?"

Jake levanta la vista, un destello de su antiguo yo asomando a través de la desesperación. "Porque me encantaba. Lo era todo para mí".

Hawkins asiente. "Y todavía puede serlo. Este juego, Jake, no se trata de suerte, encantos o cualquier otra cosa. Se trata de ti, de la pelota, y de esos sesenta pies y seis pulgadas hasta el home plate. Todo lo demás es sólo ruido".

Jake no responde, pero algo cambia en su postura. Se sienta un poco más erguido, su respiración es más tranquila.

"No puedo decirte qué hacer", continúa Hawkins. "Pero puedo decirte esto: tienes un don, Jake Cooper. Y sería una pena tirarlo por la borda por una mala racha".

Mientras Hawkins se levanta para irse, Jake habla. "Entrenador... gracias. Por venir. Por... todo".

Hawkins se vuelve, con una pequeña sonrisa en la cara. "Para eso están los equipos, hijo. Te cubrimos las espaldas. Siempre".

Deja a Jake sentado en el sofá, mirando fijamente una pelota de béisbol que ha cogido de la desordenada mesa de centro. Cuando la puerta se cierra tras Hawkins, Jake empieza a pasarse la pelota de mano en mano, un movimiento familiar que le reconforta un poco.

El alegre tintineo de una videollamada suena en el apartamento de Sarah en Tokio. Sarah contesta y en la pantalla aparece el rostro familiar de Kenna.

"Hola, forastero", dice Kenna, con una sonrisa que no le llega a los ojos. "¿Cómo te trata la tierra del sol naciente?"

Sarah fuerza una carcajada. "Es increíble. De verdad. Pero, ¿cómo van las cosas en casa? ¿Cómo...? Se interrumpe, incapaz de decir su nombre.

La expresión de Kenna se suaviza. "Jake ha tocado fondo, Sarah. Está mal. Hoy no se ha presentado al entrenamiento".

A Sarah se le encoge la cara y, antes de darse cuenta, está desahogándose con su amiga. "Kenna, creo que he cometido un gran error. Siento algo por Jake. Sentimientos de verdad. No sólo como una amiga o un amuleto de la suerte o lo que él crea que soy".

Kenna se acerca a la cámara con los ojos muy abiertos. "Sarah Thompson, ¿tienes que decírselo! Esto podría ser exactamente lo que necesita oír".

Pero Sarah niega con la cabeza, enroscándose la pulsera alrededor de la muñeca. "Es demasiado tarde, ¿no? Me fui. Le hice daño. ¿Cómo puedo volver ahora que está en su punto más bajo?"

"A veces", dice Kenna suavemente, "tocando fondo es donde encuentras tus cimientos".

Mientras se despiden, Sarah mira por la ventana el horizonte de Tokio, sintiéndose más lejos de

casa que nunca.

De vuelta en Oklahoma City, el campo de entrenamiento de los Twisters se descontrola sin la presencia de Jake. Las bromas habituales se apagan, los jugadores lanzan miradas furtivas al lugar vacío donde debería estar su as.

Jasper Reeves, percibiendo la inquietud del equipo, da un paso al frente. "¡Muy bien, escuchad!", grita, su voz se extiende por el campo. "Cooper no está aquí, pero eso no significa que dejemos de ser un equipo. Ahora tenemos que trabajar el doble. Por nosotros, por los aficionados y, sí, también por Cooper. Mostremos a todos de qué están hechos los Twisters".

Sus palabras parecen encender un fuego en el equipo. Se lanzan a entrenar con renovado vigor, con un sentimiento de unidad forjado en la adversidad. Marcus Thompson capta la mirada del entrenador Hawkins y asiente en silencio aprobando el liderazgo de Jasper.

Mientras tanto, Jennika Phillips está sentada en su despacho, con el resplandor de la pantalla de su ordenador reflejándose en sus gafas, dando los últimos retoques a su último artículo. El titular le devuelve la mirada:

"La caída de Jake Cooper: ¿Podrá volver a brillar el brazo de oro de Oklahoma City?".

Sus dedos se detienen un instante sobre el botón "Publicar" antes de hacer clic y enviar el artículo a todo el mundo. En cuestión de horas, ya es tendencia en las redes sociales y la historia de Jake capta la atención de los aficionados al béisbol de todo el país.

♡ Capítulo 7 ♡

El camión de Jake se arrastra por las calles mojadas por la lluvia de Oklahoma City, con los limpiaparabrisas luchando una batalla perdida contra el diluvio. Se detiene frente a un anodino edificio de oficinas, apaga el motor pero no hace ademán de salir.

A Jake se le blanquean los nudillos en el volante mientras mira fijamente la ventana iluminada del tercer piso. Dra. Elena Cortez, psicóloga del equipo, reza el cartel.

"Vamos, Cooper", dice. "Sé un hombre."

Respirando hondo, se lanza a la lluvia. Levanta la mano para llamar, vacila y golpea bruscamente antes de cambiar de opinión.

La Dra. Cortez abre la puerta con un gesto de sorpresa en el rostro. "¿Jake? Es bastante tarde para..."

"Necesito ayuda", suelta Jake, con el agua goteando de su pelo sobre la alfombra. "Ya no puedo hacer esto solo".

La expresión de Cortez se suaviza. Se hace a un lado, haciéndole un gesto para que entre. "Entra, Jake. Hablemos".

Dentro, Jake se pasea por el pequeño despacho y las palabras le salen a trompicones. "No se trata de Sarah ni de nada de eso. Se trata de mí. Me aterroriza fracasar, no ser lo bastante bueno. Estos rituales estúpidos, eran sólo una muleta, ¿sabes?"

La Dra. Cortez asiente, su bolígrafo se mueve por su bloc de notas. "¿Y ahora que la muleta se ha ido?"

Jake deja de caminar y la mira a los ojos por primera vez. "¿Ahora? Ahora siento que estoy en caída libre. Y no sé si recuerdo cómo volar".

"Lo sabes", dice Cortez con firmeza. "Siempre has sabido cómo. Sólo que lo olvidaste por un tiempo".

A medida que avanza la sesión, la lluvia empieza a amainar. Y dentro de los acogedores confines de la oficina del Dr. Cortez, Jake Cooper da sus primeros pasos tentativos hacia la recuperación no sólo de su juego, sino de sí mismo.

En Tokio, el apartamento de Sarah está bañado por el resplandor azul de su televisor. Mira su teléfono por enésima vez y suspira al ver que no ha cambiado.

"A la mierda", dice, sacando su calendario. Con un par de clics, bloquea el tiempo para cada partido de los Twisters, independientemente de las horas intempestivas a las que se emitan en Japón.

Al amanecer en Oklahoma City, el camión de Jake entra en el aparcamiento casi vacío del estadio. Ve a Marcus y Jasper dirigiéndose hacia la entrada, con sus risas flotando en el aire tranquilo de la mañana. A Jake se le revuelve el estómago, pero se obliga a acercarse a ellos.

"Hola, chicos", grita, con voz áspera. "¿Tenéis un minuto?"

Marcus y Jasper intercambian una mirada antes de volverse hacia él.

Jake respira hondo. "He sido un imbécil de grado A últimamente. Estaba tan metido en mi cabeza que olvidé lo que significa formar parte de este equipo. Lo siento."

Sigue un momento de tenso silencio antes de que Jasper esboce una sonrisa. "Vaya, vaya. Vuelve el cántaro pródigo".

Marcus le da un codazo juguetón antes de dirigirse a Jake. "Todos hemos tenido nuestros momentos, Coop. Bienvenido de nuevo a la tierra de los vivos".

Mientras se dirigen juntos al estadio, las bromas de antaño resurgen lentamente como flores primaverales tras un largo invierno.

Durante los entrenamientos, un cambio de energía recorre el campo. Los lanzamientos de Jake son nítidos, su concentración es como un láser. Han desaparecido los tics nerviosos y los rituales supersticiosos. En su lugar hay una tranquila determinación que parece irradiar de él, contagiando a sus compañeros de equipo.

El entrenador Hawkins observa desde la barrera, con una sonrisa cautelosa en los labios. Se fija en la Dra. Cortez y levanta una ceja en señal de pregunta silenciosa. Ella asiente, con una expresión de satisfacción profesional y orgullo genuino.

"Bueno, bueno, bueno", dice Hawkins en voz baja. "El chico podría sacar esto adelante".

Cuando el equipo sale del entrenamiento, Jake se queda atrás. De pie en el montículo del lanzador, observa el estadio vacío. El sol poniente pinta el cielo de brillantes naranjas y rosas, proyectando largas sombras sobre el campo.

Jake se mete la mano en el bolsillo y saca sus calcetines de la suerte. Los mira fijamente durante un largo momento, con los recuerdos de glorias pasadas y fracasos recientes inundándole. Luego, con deliberada lentitud, se dirige a una papelería cercana y los tira.

"Es hora de hacer mi propia suerte", dice al estadio vacío.

Cuando Jake regresa a los vestuarios, sus pasos son más ligeros y sus hombros más rectos. El camino que tiene por delante sigue siendo largo e incierto, pero por primera vez en meses, Jake Cooper se siente preparado para enfrentarse a lo que venga, sin necesidad de amuletos de la suerte.

En el crepúsculo, una figura solitaria, muy parecida a Tornado Tex, se asoma por detrás del banquillo. La mascota saluda con el pulgar hacia arriba al Jake que se marcha antes de

escabullirse, con sus enormes botas chirriando cómicamente en el silencioso estadio.

♡ Capítulo 8 ♡

Los primeros rayos de sol perforan el cielo de Oklahoma cuando el camión de Jake Cooper entra en el aparcamiento del estadio. Sale con la bolsa de deporte colgada del hombro y la determinación grabada en el rostro.

El Dr. Cortez espera en el montículo del lanzador, portapapeles en mano. "¿Listo para recablear tu cerebro, Cooper?"

Jake asiente, un atisbo de sonrisa se dibuja en sus labios. "Hagámoslo, Doc".

Empiezan con ejercicios de respiración, con el pecho de Jake subiendo y bajando a un ritmo constante. La voz del Dr. Cortez lo guía a través de visualizaciones, pintando imágenes mentales de lanzamientos perfectos y juegos impecables.

"Mira cómo sale el balón de tu mano", te dice. "Siente las costuras, el peso. Ahora, suelta".

El brazo de Jake se mueve en un lanzamiento fantasma, con los ojos cerrados, completamente inmerso en el ejercicio mental.

Más tarde, en el vestuario, Jake se acerca al entrenador Hawkins. Se aclara la garganta. "Entrenador, Marcus, os debo una disculpa. He sido un idiota egoísta, y dejé que mis problemas afectaran a todos. Lo siento."

Hawkins habla, su voz áspera pero no desagradable. "Disculpa aceptada, Cooper. Ahora demuéstalo ahí fuera".

Al comenzar los entrenamientos del equipo, se aprecia inmediatamente un cambio en Jake. Su elevación es suave, su punto de lanzamiento consistente. La pelota atraviesa el plato con precisión láser.

Jasper silba bajo. "Cooper ha recuperado su mojo".

La energía del equipo cambia, un cauto optimismo se extiende por las filas. Incluso el entrenador Hawkins se permite una pequeña sonrisa.

Al otro lado del mundo, Sarah Thompson se despierta sobresaltada por el insistente pitido de su despertador. Busca a tientas su portátil y entrecierra los ojos ante la brillante pantalla en su oscuro apartamento de Tokio.

El partido de los Twisters se carga y a Sarah se le corta la respiración cuando Jake sube al montículo. Desaparecen la energía nerviosa y los tics supersticiosos. En su lugar hay una concentración tranquila que no había visto en meses.

Cuando Jake se prepara para su primer lanzamiento, Sarah se inclina, imitando inconscientemente su postura. La pelota sale de su mano en un arco perfecto y golpea la manopla del receptor con un ruido sordo y satisfactorio.

"¡Strike uno!", la llamada del árbitro crepita a través de sus altavoces.

Una sonrisa se dibuja en el rostro de Sarah, el orgullo y algo más profundo brillan en sus ojos. Toca el colgante de béisbol de su pulsera, un gesto agri dulce.

"Ese es mi chico", susurra a la habitación vacía, la distancia entre ellos nunca se sintió tan grande.

Se anuncia el último out y, por un momento, el estadio Twister contiene la respiración. Entonces, como si se hubiera roto un dique, las gradas rugen. Los Tornado Twisters han ganado su primer partido desde que empezó la mala racha de Jake.

En los vestuarios, el ambiente se llena de cautelosa excitación. Jake está envuelto en un mar de uniformes azules, sus compañeros le dan palmaditas en la espalda y le alborotan el pelo. Por primera vez en semanas, su sonrisa le llega a los ojos.

"¡Bienvenido, Coop!" Marcus grita por encima del estruendo, envolviendo a Jake en un abrazo de oso.

Jasper se acerca con una sonrisa en los labios. "No está mal, Cooper. Tal vez te mantengamos por aquí después de todo".

Las bromas continúan, una tímida vuelta a la normalidad que resulta familiar y frágil a la vez.

Cuando la celebración se acaba, Jennika Phillips aparece en la taquilla de Jake, micrófono en mano y camarógrafo a remolque.

"Jake, ¿tienes un minuto?", pregunta, su tono profesional pero sus ojos brillando con el aroma de una historia.

Jake duda, luego asiente. "Claro, Jennika. Dispara".

"Tu actuación de hoy ha sido un giro completo respecto a los últimos partidos. ¿Qué ha cambiado?"

Jake respira hondo. "He estado haciendo un examen de conciencia últimamente. Me he dado cuenta de que mi confianza se basaba en cosas equivocadas. El Dr. Cortez ha sido fundamental para ayudarme a resolver algunos... problemas".

Jennika se inclina. "¿Y los calcetines de la suerte? ¿Tus famosos rituales antes del partido?"

Una sonrisa irónica se dibuja en el rostro de Jake. "Digamos que he aprendido que la única suerte que importa es la que tú mismo creas. Y tengo un gran equipo que me respalda".

El siguiente partido en casa llega con un ambiente electrizante. Mientras los equipos calientan, Tornado Tex se sitúa en el centro del campo, megáfono en mano.

"¡Muy bien, fans de Twister!", retumba su voz. "Es la hora de las vibraciones positivas. Cuando

yo diga 'Twist', vosotros decís '¡Gana! ¿Listos?'

El público responde con entusiasmo y los cánticos van in crescendo. Tex los guía a través de visualizaciones, animando a los aficionados a imaginarse lanzamientos y jonrones perfectos.

En el banquillo, Jake observa divertido. "Bueno, eso es nuevo", le gruñe a Marcus.

Marcus sonríe. "Oye, lo que funcione, ¿no?"

Cuando Jake sube al montículo, la energía positiva de las gradas parece inundarlo. Respira hondo, se centra y lanza una bola rápida fulminante.

Más tarde esa semana, Jake se sienta frente al Dr. Cortez, con su habitual bravuconería notablemente ausente.

"Has hecho progresos notables, Jake", empieza diciendo. "Pero siento que todavía hay algo que te retiene. ¿Quieres hablar de ello?"

Los dedos de Jake tamborilean nerviosos sobre su rodilla. "Es que... ¿y si esto es temporal? ¿Y si no puedo seguir así?".

El Dr. Cortez se inclina hacia delante. "Es un miedo común. Vamos a desentrañarlo".

A medida que profundizan, los muros de Jake empiezan a desmoronarse. "Siempre he sido el chico de oro, ¿sabes? El lanzador estrella. ¿Y si eso es todo lo que soy? ¿Y si fracaso y no queda nada?".

Se le quiebra la voz y, para su horror, Jake siente que se le saltan las lágrimas. "Y Sarah... Dios, la echo de menos. Pero no sé si la echo de menos a ella o sólo lo que representaba. Mi amuleto de la suerte, mi red de seguridad".

El Dr. Cortez le tiende un pañuelo. "Está bien ser vulnerable, Jake. Es humano. Y es el primer paso hacia la verdadera fortaleza".

Mientras Jake se limpia los ojos, siente que se le quita un peso de encima. El camino que le queda por recorrer es largo, pero se siente preparado para afrontarlo, no como el infalible lanzador as, sino como Jake Cooper, con todos sus defectos.

Fuera de la oficina, sin que Jake lo sepa, Tornado Tex se arrastra torpemente, tras haber oído la emotiva sesión. El enorme guante de la mascota se acerca al pomo de la puerta y se detiene. Con un movimiento de su cómica cabeza, Tex se aleja de puntillas, dejando a Jake con su momento de catarsis.

El banquillo de los Tornado Twisters bulle de energía, en claro contraste con el ambiente sombrío de los últimos partidos. Jake se apoya en la barandilla, con una pelota de béisbol bailándole en los nudillos mientras bromea con sus compañeros.

"¡Hola, Jasper!", grita. "¿Planeas golpear algo hoy, o sólo estás aquí para hacerme quedar bien?"

Jasper resopla, lanzando pipas de girasol a Jake. "Sigue soñando, Cooper. Estoy a punto de hacer que te comas esas palabras".

Marcus se ríe, sacudiendo la cabeza. "Niños, por favor. Intentad recordar que aquí somos profesionales".

La risa fácil que sigue es un bálsamo para el alma colectiva del equipo, curando heridas que ni siquiera se daban cuenta de que aún estaban abiertas.

El entrenador Hawkins se pasea ante su equipo, con el rostro curtido y decidido.

"Muy bien, chicos", comienza, su voz áspera corta la charla del vestuario. "Nos hemos recuperado del abismo. Pero aún no estamos fuera de peligro. Los próximos partidos decidirán nuestras opciones de playoff".

Esboza su estrategia, señalando a los jugadores clave de los equipos contrarios y los aspectos que deben mejorar. Al terminar, Jake se levanta y sorprende a todos.

"Entrenador, ¿me permite?" Ante el asentimiento de Hawkins, Jake se gira para mirar a sus compañeros. "Miren, hemos pasado por muchas cosas estas últimas semanas. Y la mayor parte es culpa mía". Hace una pausa, mirando a los ojos de cada jugador. "Pero seguimos aquí. Seguimos luchando. De eso se trata este equipo. Somos los Tornado Twisters, maldita sea. Es hora de que empecemos a jugar como tal".

Marcus lidera el ataque mientras el equipo se une en torno a las palabras de Jake. El entrenador Hawkins observa con una mezcla de orgullo y diversión. "Muy bien, muy bien", grita por encima del ruido. "Guardad algo de esa energía para el campo. Salid ahí y demostradles de qué estáis hechos".

Mientras el crepúsculo desciende sobre el Twister Stadium, Jake está solo en el montículo del lanzador, disfrutando del resplandor de otra victoria. Las luces del estadio proyectan largas sombras sobre el campo, pero los ojos de Jake se dirigen hacia las estrellas que asoman por el cielo de Oklahoma.

Una sensación de paz le invade, más potente que cualquier confianza inducida por la superstición. Respira hondo, saboreando la mezcla de polvo de tiza, hierba y posibilidad que flota en el aire.

En las gradas, un pequeño grupo de incondicionales se queda, sus vítores resuenan en el estadio casi vacío. La mirada de Jake se fija en sus carteles: "Cree en Cooper", "Twister Strong" y "Cooper's Comeback Kids".

Se ríe, recordando los mensajes hostiles de hace sólo unos partidos. El contraste es marcado, una representación visual de lo lejos que ha llegado.

Cuando Jake regresa al banquillo, ve una figura plateada y azul que le resulta familiar acechando cerca de la entrada. Tornado Tex le hace un gesto entusiasta con el pulgar y luego imita un

movimiento de lanzamiento que tiene más de entusiasmo que de precisión.

Jake sonríe, devolviendo el pulgar hacia arriba. "Gracias, Tex", dice. "No podría haberlo hecho sin ti".

Los ojos caricaturescos de Tex se abren de sorpresa y luego se arrugan de alegría. Gira sobre sí mismo y levanta una polvareda antes de escabullirse entre las sombras.

En el vestuario, Jake se detiene ante su taquilla. Sus ojos se posan en el lugar vacío donde solían estar sus calcetines de la suerte. Por un momento, un destello de duda cruza su rostro. Luego sacude la cabeza y sonríe con pesar.

"No los necesito", se dice a sí mismo. "Nunca los necesité".

Mientras se cambia, su teléfono zumba con un mensaje del Dr. Cortez: "Gran partido. Recuerda que el progreso no es lineal. Sigue trabajando".

Jake teclea una respuesta rápida: "Gracias, Doc. Un día a la vez, ¿verdad?"

Duda, luego añade otro mensaje: "¿Algún consejo sobre cómo arreglar las cosas con Sarah?"

La respuesta no se hace esperar: "Algunos lanzamientos tienes que hacerlos tú mismo, Jake. Cuando estés preparado".

Jake se queda mirando el mensaje durante un largo rato antes de guardarse el teléfono en el bolsillo. Al salir del estadio, siente un nuevo impulso. Jake Cooper se siente preparado para afrontar las curvas que le depare la vida.

♡ Capítulo 9 ♡

Amanece en el Twister Stadium, pintando el cielo de naranja y rosa. El camión de Jake Cooper es el primero en llegar al aparcamiento. En la entrada del estadio, Jake se detiene. Cierra los ojos e inspira profundamente. "Céntrate", murmura, las palabras del Dr. Cortez resuenan en su mente. "Tú puedes, Cooper".

En el vestuario, Marcus se acerca y le da una palmada en la espalda a Jake. "Te ves bien, Coop. ¿Estás listo para mostrar a estos tontos cómo se hace?"

Jake sonríe. "Nace listo, Thompson. Trata de mantener el ritmo, ¿quieres?"

Sus risas recorren la habitación, aliviando la tensión subyacente. Incluso Jasper esboza una sonrisa, impresionado a regañadientes por el nuevo aplomo de Jake.

A medida que el equipo entra en el campo para calentar, las gradas se van llenando. Tornado Tex irrumpe en escena, un torbellino de plata y azul. Dirige al público en un nuevo cántico: "¡Vibraciones positivas, tribu Twister!". El entusiasmo de la mascota es contagioso y se extiende por las gradas como un reguero de pólvora.

Suena la llamada del árbitro: "¡A jugar!"

Jake sube al montículo, con pasos medidos y seguros. Sin calcetines de la suerte, sin rituales supersticiosos. Sólo Jake Cooper, la pelota y sesenta pies de posibilidades que se extienden ante él.

Se levanta, con un movimiento suave y práctico. La pelota sale de su mano como un disparo, silbando a través del plato antes de que el bateador pueda parpadear.

"¡Strike uno!"

El público estalla. En el banquillo, el entrenador Hawkins se permite una pequeña sonrisa. "Buen chico, Cooper", murmura. "Muéstrales de qué estás hecho".

Mientras Jake se prepara para su siguiente lanzamiento, una voz solitaria resuena desde las gradas: "¡Lo tienes, Jake!"

Por una fracción de segundo, la concentración de Jake vacila. *La voz sonaba tan parecida a... Pero no, Sarah está en Tokio.* Sacudiéndose la distracción, Jake vuelve a centrarse. El juego acaba de empezar, y él tiene una remontada que completar.

Entrada tras entrada, Jake Cooper se mantiene erguido en el montículo, un pilar de concentración y control. Sus bolas rápidas chisporrotean en el plato, sus bolas curvas bailan en las esquinas. Los jardineros de los Twisters, animados por la actuación de su lanzador, juegan con renovado vigor.

En el banquillo, el entrenador Hawkins se inclina hacia el Dr. Cortez. "Sea cual sea el vudú que

has hecho con él, Doc, sigue así", murmura, sin apartar los ojos del campo.

En la quinta entrada se produce un momento de infarto. El bateador limpio del equipo contrario conecta un sólido batazo, enviando una línea de bateo hacia el jardín derecho. A Jake se le salta el corazón a la garganta, su victoria está en juego.

De repente, un borrón azul atraviesa el campo. Jasper Reeves se lanza horizontalmente, con el brazo extendido. El tiempo parece ralentizarse mientras la pelota se arquea hacia su guante.

¡SMACK!

Jasper golpea el suelo con fuerza, cayendo en una nube de polvo. Por un momento, el estadio contiene la respiración. Entonces, Jasper levanta triunfante su guante, con la pelota bien anidada en su interior.

El público enloquece. Jake cierra el puño y grita de alegría. Mientras el equipo corre, Jake y Jasper se miran a los ojos. Es un momento de comprensión compartida, de respeto mutuo nacido de la adversidad superada.

"Buen partido, Reeves", dice Jake, ofreciendo su mano.

Jasper sonríe, apretando firmemente la mano de Jake. "Vaya lanzamiento, Cooper. No podía dejarte toda la gloria, ¿verdad?"

Al otro lado del mundo, Sarah Thompson está sentada en la cama con las piernas cruzadas y el portátil en precario equilibrio sobre las rodillas. El resplandor de la pantalla ilumina su rostro en el oscuro apartamento de Tokio, sus ojos fijos en cada movimiento de Jake.

"Vamos, Jake", susurra ella, cruzando los dedos mientras él se prepara para otro lanzamiento.

Cuando Jake registra otro strikeout, Sarah suelta un grito de alegría, sorprendiéndose a sí misma por la intensidad de su reacción. Lleva la mano al teléfono y los dedos se posan sobre la información de contacto de Jake.

"Gran partido", teclea, y luego duda. ¿Qué derecho tiene ahora a comentar su actuación? ¿Sigue siendo su amuleto de la suerte o sólo un recordatorio de las supersticiones que ha dejado atrás?

Con un suspiro de frustración, Sarah borra el mensaje. Tira el teléfono a un lado y vuelve a concentrarse en el juego. Pero sus ojos siguen desviándose hacia el dispositivo desechado, el impulso de extender la mano luchando contra su incertidumbre.

En la pantalla, Jake se yergue en el montículo, una imagen de confianza y habilidad. El corazón de Sarah se hincha con una complicada mezcla de orgullo, anhelo y una punzada de arrepentimiento.

"Lo tienes, Jake", dice en voz baja, sus palabras se pierden en la enorme distancia que los separa. "Siempre lo tuviste".

Se anuncia el último out y el Twister Stadium estalla. Jake Cooper está de pie en el montículo, momentáneamente aturdido mientras la realidad se hunde. Un juego completo. El equipo irrumpe en el campo, envolviendo a Jake en un mar de jubilosos uniformes azules.

"¡Cooper! ¡Cooper! Cooper!" El cántico se eleva desde las gradas, una atronadora afirmación del regreso de Jake.

Mientras sus compañeros le golpean la espalda y le alborotan el pelo, Jake mira a su alrededor con asombro. Este sentimiento, esta alegría pura y esta sensación de logro, viene de dentro. Sin calcetines de la suerte, sin supersticiones, solo Jake Cooper y el juego que ama.

En la rueda de prensa posterior al partido, Jennika Phillips se inclina hacia delante, micrófono en mano. "Jake, esto es todo un cambio. ¿A qué atribuyes tu transformación?"

Jake se toma un momento, eligiendo cuidadosamente sus palabras. "Sinceramente, Jennika, ha sido un trabajo de equipo. Mis compañeros de equipo nunca me abandonaron, ni siquiera cuando estaba en mi punto más bajo. El entrenador Hawkins, el Dr. Cortez, han sido fundamentales para ayudarme a centrarme. Pero en última instancia, todo se redujo a recordar por qué amo este juego y hacer el trabajo mental para salir de mi propio camino."

Su humilde respuesta despierta el beneplácito de los periodistas. Al fondo de la sala, Tornado Tex levanta el pulgar con entusiasmo y casi derriba una cámara con su enorme guante.

Más tarde esa noche, el teléfono de Sarah zumba con una llamada entrante de Kenna.

"¿Has visto el partido?" pregunta Kenna sin preámbulos.

Sarah se ríe entre dientes. "Hola a ti también, Kenna. Y sí, lo vi. Jake estuvo increíble".

"Realmente lo era", Kenna está de acuerdo. "Sabes, Sarah, él ha cambiado. Y si no me equivoco, tú también. Tal vez es hora de..."

"¿A qué?" Sarah pregunta, su voz apretada. "¿Volver en picado ahora que le va bien? No lo creo, Kenna".

Kenna suspira. "No me refería a eso, y lo sabes. Mira, piensa en tenderte la mano, ¿vale? Como amigo, si no otra cosa".

Sarah hace un ruido de no compromiso, pero las palabras de Kenna perduran mucho después de que se hayan despedido.

En el estadio Twister, ahora vacío, Jake está sentado en el banquillo, con los acontecimientos del día repitiéndose en su mente. Saca su teléfono y se pone a leer la avalancha de mensajes de felicitación. De repente, se queda paralizado. Allí, entre los mensajes de su madre y de su entrenador del instituto, hay un mensaje de Sarah:

"Gran partido, Jake. Sabía que podías hacerlo".

Jake mira fijamente la pantalla, un torbellino de emociones recorre su rostro. Orgullo, anhelo, incertidumbre, esperanza: todos luchan por dominar. Su pulgar se posa sobre el botón de respuesta, su mente se acelera con posibles respuestas.

Finalmente, Jake empieza a teclear: "Gracias, Sarah. Significa mucho viniendo de ti. Espero que te vaya bien en Tokio. ¿Quizás podríamos ponernos al día alguna vez?".

Lee el mensaje por encima, con el dedo sobre el botón de enviar. Las luces del estadio se apagan, dejando a Jake iluminado únicamente por el resplandor de la pantalla de su teléfono. En este momento de oscuridad y posibilidad, Jake Cooper toma una decisión, no sobre la suerte o la superstición, sino sobre seguir adelante y enfrentarse a lo que venga.

♡ Capítulo 10 ♡

El vestuario de los Tornado Twisters zumba con la electricidad previa al partido, un potente cóctel de nervios y excitación. Las bolsas del equipo crujen, los tacos chasquean contra el suelo y el fuerte olor a linimento flota en el aire. En medio del caos controlado, Jake Cooper se sienta frente a su taquilla, una isla de calma en un mar de actividad.

Jake tiene los ojos cerrados y respira lenta y pausadamente. Las técnicas de meditación que le enseñó el Dr. Cortez se han convertido en una parte tan importante de su rutina previa al partido como sus lanzamientos de calentamiento. Inspirando y expirando, Jake se concentra en cada respiración, centrándose en el reto que tiene por delante.

A medida que los Twisters salen de los vestuarios y entran en el túnel que conduce al campo, el rugido sordo del público se hace más fuerte. Jake se pone a la retaguardia y se toma un momento para dar un puñetazo a Tornado Tex, que espera junto a la entrada del banquillo.

"¡Vamos a retorcerlos, Cooper!" La voz de Tex retumba a través de su megáfono, provocando las sonrisas de los jugadores.

En el momento en que el equipo sale del túnel, el estadio estalla. La voz del locutor se abre paso entre el caos, su entusiasmo es evidente incluso a través del crepitar de los altavoces.

"Damas y caballeros, ¡los Tornado Twisters de Oklahoma City! Actualmente con una racha de cinco victorias y escalando posiciones más rápido que un tornado en un callejón."

Las gradas son una masa que se retuerce de azul y blanco, los aficionados agitan pancartas caseras y dedos de espuma. La energía es eléctrica, un marcado contraste con el ambiente apagado de hace apenas unas semanas.

Jake ocupa su lugar en el montículo, clavando la punta del pie en la tierra para crear la base perfecta. Respira hondo, dejando que el rugido de la multitud lo inunde sin dejar que penetre en su concentración. Este es su momento, su oportunidad de demostrar que su regreso es real y duradero.

El receptor hace la señal. Jake asiente y se prepara con fluidez. Se acabaron los ajustes nerviosos de su gorra, los toques compulsivos de sus ahora ausentes calcetines de la suerte. Sólo están Jake, la pelota y sesenta pies de posibilidades.

El lanzamiento sale de su mano como un disparo, una bola rápida ardiente que parece desaparecer al acercarse al plato. El bateador batea salvajemente, sin estar cerca de hacer contacto.

"¡Strike uno!", grita el árbitro.

El rugido de la multitud aumenta, e incluso Jake se permite una pequeña sonrisa. Va a ser un buen día.

Mientras tanto, en un acogedor apartamento de Tokio, Sarah Thompson ahoga un bostezo mientras se acomoda en el sofá. El reloj de pared marca las tres y cuarenta y cinco de la madrugada, pero sus ojos brillan de expectación. Aferra una taza de Tornado Twisters, con el vapor del café en su interior.

Cuando la imagen de Jake llena la pantalla de su portátil, Sarah se queda sin aliento. Tiene un aspecto diferente, más centrado, más seguro de sí mismo. Sus dedos acarician el borde de la taza, un vínculo tangible con la vida que dejó atrás.

"Vamos, Jake", susurra ella, inclinándose mientras él se prepara para lanzar su segundo lanzamiento. "Muéstrales lo que tienes".

A medida que el partido se desarrolla en su pantalla, Sarah vuelve a caer en sus viejos hábitos: aguanta la respiración en las jugadas reñidas y levanta el puño en los lanzamientos especialmente buenos. La taza que tiene en las manos es algo más que un recipiente para calentarse: es un talismán que la conecta con el estadio Twister a miles de kilómetros de distancia.

De vuelta en Oklahoma City, Jake Cooper se mantiene erguido en el montículo, sin darse cuenta de que su fan más ferviente le observa desde lejos. Mientras se prepara para su siguiente lanzamiento, hay un brillo en sus ojos que habla de determinación, habilidad y la pura alegría de jugar al juego que ama. Puede que el no-hitter no haya hecho más que empezar, pero ya está claro que este es un partido que nadie en el Twister Stadium olvidará pronto.

A medida que avanza el partido, una corriente eléctrica de expectación recorre el estadio Twister. En la quinta entrada, la palabra "no-hitter" empieza a resonar entre el público en susurros de emoción. Los aficionados intercambian miradas con los ojos muy abiertos, temerosos de hablar demasiado alto para no gafar la mágica actuación que se despliega ante ellos.

En el banquillo, los compañeros de Jake mantienen una respetuosa distancia. Nadie se atreve a mencionar el posible no-hitter, adhiriéndose a las supersticiones consagradas del béisbol. Marcus Thompson lanza miradas de advertencia a cualquiera que parezca acercarse a Jake entre entradas.

El propio Jake parece ajeno a la creciente tensión, concentrado como un láser en su rutina con una precisión maquinal. Cada lanzamiento es una clase magistral de control y estrategia, que mantiene a los bateadores desequilibrados y en vilo.

En la séptima entrada se produce un momento de infarto que amenaza con hacer añicos el sueño. El bateador limpio del equipo contrario conecta con solidez, enviando una línea de bateo hacia el jardín derecho. Se oye la respiración entrecortada del público cuando la pelota vuela por los aires.

De repente, un borrón azul atraviesa el campo. Jasper Reeves, moviéndose a una velocidad desesperada, se lanza horizontalmente. El tiempo parece ralentizarse mientras Jasper se estira, con el brazo extendido hasta el límite.

¡SMACK!

El balón desaparece en el guante de Jasper un instante antes de que se estrelle contra el suelo, patinando sobre el césped en medio de una nube de polvo. Durante un instante, el estadio enmudece. Después, Jasper se levanta con el balón en alto en señal de triunfo y el público estalla en un frenesí de alivio y júbilo.

Mientras Jasper corre de vuelta al banquillo, mira fijamente a Jake. Se establece entre ellos una comunicación sin palabras: respeto mutuo, determinación compartida y la promesa tácita de llevar esto a cabo juntos. Jake asiente con la cabeza, con una leve sonrisa en los labios, antes de volver al montículo, con la concentración intacta.

Cuando llega la novena entrada, la energía en el estadio ha alcanzado su punto álgido. Los aficionados se levantan, muchos incapaces de permanecer en sus asientos, otros demasiado nerviosos para mirar directamente. Algunos se aferran a amuletos de la suerte o a cuentas de oración, con los nudillos blancos por la tensión.

En la cabina de retransmisión, los comentaristas luchan por mantener su compostura profesional.

"Señoras y señores", dice el locutor, con la voz ligeramente temblorosa, "estamos siendo testigos de cómo se hace historia aquí en el Twister Stadium. Jake Cooper, que hace unas semanas parecía a punto de perder su puesto en la rotación, está ahora a tres outs de la inmortalidad."

Su comentarista en color, un antiguo lanzador, interviene. "Nunca he visto nada como esto, Bob. El plomo, el control. Cooper no sólo está lanzando, está dirigiendo una sinfonía".

Cuando el último bateador se acerca al plato, el estadio contiene la respiración. Jake Cooper está de pie en el montículo, el ojo del huracán en una tormenta de emociones que se extiende por todo el estadio. Cierra los ojos un momento, visualizando el lanzamiento perfecto tal y como le enseñó el Dr. Cortez.

En su mente, Jake ve cómo la pelota abandona su mano, su trayectoria perfecta, imposible de golpear. Abre los ojos, el rugido de la multitud se desvanece en un zumbido distante. Sólo están Jake, la pelota y sesenta pies de destino.

Se levanta, su movimiento es un estudio de potencia controlada. El lanzamiento sale de su mano y parece doblar el aire a su alrededor mientras se precipita hacia la base. El bateador batea con fuerza, la desesperación da fuerza a sus brazos.

¡CRACK!

El sonido del bate contra la pelota resuena en el estadio como un disparo. La pelota vuela alta y profunda hacia el outfield. Veinte mil pares de ojos siguen su trayectoria, con la respiración contenida y el corazón palpitante.

En este momento de suspensión, mientras la pelota cuelga entre la tierra y el cielo, la historia se tambalea en el filo de la navaja. ¿Se consolidará el no-hitter de Jake Cooper en la historia del béisbol, o se unirá a las filas de los casi-errores y los casi-errores? La respuesta está en las manos del jardinero de los Twisters, que corre hacia el muro con el brazo extendido en busca de la inmortalidad.

Marcus Thompson corre hacia el muro del outfield, con sus tacos rasgando la hierba. Salta con el brazo extendido y su cuerpo se recorta contra las luces del estadio. Por un instante, el tiempo se detiene.

Entonces, el guante de Marcus se cierra alrededor de la pelota. Se estrella contra la pared, rebota y cae al suelo. Durante un aterrador segundo, el estadio contiene la respiración. Después, Marcus se eleva triunfante con la pelota en alto.

Estalla el pandemónium. El rugido de la multitud es ensordecedor, un maremoto de sonido que inunda el campo. Jake Cooper se queda paralizado en el montículo, con la incredulidad grabada en el rostro. Entonces sus compañeros de equipo descienden sobre él, una multitud jubilosa de uniformes azules.

Jake se encuentra en el centro de un torbellino de celebraciones. Manos le acarician la espalda, le despeinan y le abrazan con fuerza. En medio del caos, un momento de claridad golpea a Jake como un rayo. Él lo hizo. Sin calcetines de la suerte, sin rituales, sin supersticiones. Sólo Jake Cooper, su habilidad y su determinación.

Una amplia sonrisa se dibuja en el rostro de Jake, más brillante que las luces del estadio. El peso de sus antiguas creencias se desvanece, sustituido por una nueva confianza que irradia de él como una fuerza física.

Al otro lado del mundo, Sarah Thompson se levanta de un salto del sofá y hace volar por los aires su té, que llevaba mucho tiempo frío. Levanta los puños y suelta un grito tan fuerte que despierta a sus vecinos. Lágrimas de alegría y orgullo corren por su rostro mientras ve a Jake desaparecer bajo un montón de compañeros de equipo extasiados.

De vuelta al estadio Twister, se desata un frenesí mediático. Los periodistas pululan por el campo, con los micrófonos empujados hacia delante como armas, todos clamando por un trozo de Jake Cooper. Jennika Phillips, como un tiburón, se las arregla para abrirse paso a codazos hasta la cabeza del grupo.

"¡Jake!", grita, con la grabadora preparada. "¿Qué se siente al haber hecho un regreso tan increíble?"

Jake se toma un momento y observa la caótica escena que le rodea. Cuando habla, su voz es firme y humilde, pero con una nueva confianza.

"Siento que por fin me he convertido en el lanzador que siempre supe que podía ser", dice. "No se trataba sólo de lanzar un no-hitter. Se trataba de demostrarme a mí mismo que tengo lo que hay que tener, con o sin la suerte de mi lado."

Mientras Jake habla, la enorme pantalla del estadio se ilumina y muestra la clasificación actualizada de la liga. Los Tornado Twisters se han metido de lleno en la lucha por los playoffs. Una nueva oleada de vítores recorre la grada cuando los aficionados se dan cuenta de las implicaciones.

En medio de la celebración, los ojos de Jake se fijan en el asiento vacío donde solía sentarse Sarah. Por un momento, su sonrisa vacila. Luego cuadra los hombros y se vuelve hacia el mar de periodistas con renovada determinación. Sea lo que sea lo que le depare el futuro, Jake Cooper está preparado para afrontarlo, dentro y fuera del campo.

♡ Capítulo 11 ♡

El despacho de Sarah en Tokio brilla con una elegante modernidad, en marcado contraste con el desgastado diamante de béisbol que aparece en la foto de su escritorio. Su dedo recorre el rostro de Jake Cooper, congelado en medio del campo, con una sonrisa agri dulce en los labios. La ciudad bulle al otro lado de la ventana, pero la mente de Sarah está a 10.000 kilómetros, en Oklahoma.

Un suave ping atrae de nuevo su atención hacia la pantalla del ordenador. Otro titular elogiando el meteórico regreso de Jake aparece en sus noticias. La mano de Sarah se cierne sobre el ratón, indecisa entre hacer clic o cerrar la ventana. Con un suspiro de resignación, abre el artículo y se bebe cada palabra sobre la vida que dejó atrás.

Más tarde, Sarah se sienta en una larga mesa de conferencias, rodeada de inversores japoneses de rostro severo. Su presentación es impecable, con su máscara profesional bien puesta. Pero detrás de su pulido exterior, su mente divaga.

¿Cómo sería volver a estar en las gradas del Twister Stadium? ¿Sentir la energía del público, oler las palomitas y oír el chasquido del bate? ¿Ver lanzar a Jake, no a través de una pantalla, sino delante de ella?

"¿Thompson-san?" La voz de su colega corta su ensoñación. "¿Tiene algo que añadir?"

Sarah parpadea, obligándose a volver al presente. Percibe la mirada preocupada de su colega y le ofrece una sonrisa tranquilizadora. "No, gracias. Creo que lo hemos cubierto todo".

Al concluir la reunión, Sarah no puede evitar la sensación de que algo fundamental ha cambiado en su interior. El camino que creía tan claro ahora parece cualquier cosa menos eso.

En Oklahoma City, Jake Cooper se yergue en el montículo, un maestro que dirige una sinfonía de bolas rápidas y curvas. Los bateadores del equipo contrario sacuden la cabeza con frustración, incapaces de resolver el rompecabezas de los lanzamientos de Jake.

Cuando se produce el último out, el Twister Stadium estalla. Jake es engullido por sus compañeros de equipo, sus gritos de júbilo ahogan el rugido de la multitud. La voz de Marcus Thompson atraviesa el caos. "¡Esperad, chicos! No nos adelantemos. Estamos a una victoria de los playoffs. ¡Una victoria!"

La sala se queda en silencio un momento mientras sus palabras calan hondo. Entonces, una nueva energía se apodera de la sala. Los ojos brillan con determinación y las sonrisas se ensanchan. Ahora pueden saborearlo: la posibilidad de alcanzar la gloria en la postemporada, de grabar sus nombres en la historia de los Tornado Twisters.

Jake se encuentra en el centro de todo, con el corazón latiéndole con fuerza. Está en la cúspide de algo grande, algo que una vez creyó imposible. Y, sin embargo, en medio de la celebración, sus ojos se desvían hacia su taquilla, donde hay una pequeña foto escondida: una instantánea de él y

Sarah en tiempos más felices.

El horizonte de Tokio brilla como un mar de estrellas mientras Sarah Thompson pasea por su apartamento con el teléfono apretado en la mano. Respira hondo, pulsa el botón de llamada y espera con la respiración contenida.

"¿Sarah?" La voz de Kenna crepita a través del altavoz. "¿Tienes idea de qué hora es aquí?"

"Lo siento, sólo necesitaba hablar".

La somnolencia desaparece de la voz de Kenna, sustituida por preocupación. "¿Qué pasa, cariño?"

Y así, sin más, se rompe el dique. Sarah desahoga semanas de emociones contenidas: su orgullo por el regreso de Jake, su nostalgia por su hogar, su culpa por haberse marchado y su miedo a abandonar la carrera que tanto le ha costado ganar. Kenna la escucha pacientemente, ofreciéndole consuelo e insistencia a partes iguales.

"Sarah", dice Kenna suavemente después de varios minutos, "parece que ya sabes lo que quieres hacer. Sólo tienes miedo de admitirlo".

Sarah suspira, hundiéndose en su sofá. "¿Cuándo te volviste tan sabia, Kenna Lee?"

"Cariño, siempre he sido sabia. Sólo has sido demasiado terco para darte cuenta".

Al amanecer en Oklahoma City, Jake Cooper se acomoda en la familiar silla de la consulta del Dr. Cortez. La sesión comienza con una revisión del progreso de Jake: su mayor concentración, su capacidad para manejar la presión y su liderazgo dentro y fuera del campo.

"Has recorrido un largo camino, Jake", dice el Dr. Cortez con una sonrisa. "¿Cómo te sientes acerca de tu viaje?"

Jake se toma un momento para reflexionar. "Me siento completo. Como si por fin hubiera descubierto quién soy sin todas las supersticiones y dudas sobre mí mismo".

El Dr. Cortez asiente con aprobación y se inclina ligeramente hacia delante. "¿Y qué hay de Sarah? ¿Qué sientes por ella ahora?"

La sonrisa fácil de Jake vacila. "Yo... sigo pensando en ella. Mucho. Pero ahora es diferente. No dependo de su presencia. Sólo la echo de menos".

De vuelta en Tokio, Sarah está sentada en una elegante sala de conferencias, rodeada de colegas parlanchines. Su jefe no para de hablar de proyectos futuros, pero Sarah está muy distraída.

"Thompson-san", la voz de su jefe la interrumpe. "Tu trabajo ha sido ejemplar, pero últimamente pareces distraída. ¿Va todo bien?"

La sala se queda en silencio, todos los ojos puestos en Sarah. De repente, algo encaja. El camino a seguir, que parecía tan turbio, cristaliza de repente con una claridad asombrosa.

"Lo siento", dice Sarah, poniéndose de pie. "Necesito ir a casa".

Las luces de neón de Tokio pintan el apartamento de Sarah con un caleidoscopio de colores. Sarah se asoma a la ventana y su reflejo se superpone fantasmagóricamente a la bulliciosa ciudad. Su rostro es un campo de batalla de emociones: anhelo, miedo, determinación.

De repente, como si se hubiera activado un interruptor, Sarah se aleja de la ventana. Abre el armario de un tirón, coge ropa al azar y la arroja en una maleta abierta sobre la cama. Sus movimientos son frenéticos, casi maníacos, pero en sus ojos hay una determinación férrea.

"¿Qué estoy haciendo?", murmura, deteniéndose con un puñado de calcetines. Luego, más firme: "No. Sé exactamente lo que estoy haciendo".

Mientras tanto, en el Twister Stadium, los flashes de las cámaras saltan como relámpagos cuando el equipo se prepara para la rueda de prensa previa al partido. Jake Cooper se sienta en el centro del escenario, flanqueado por el entrenador Hawkins y Marcus Thompson. Su postura es relajada, su sonrisa fácil, muy lejos del manojito de nervios de hace unos meses.

"Nos lo tomamos partido a partido", dice Jake en respuesta a una pregunta sobre las esperanzas en los playoffs. "¿Pero este equipo? Tenemos algo especial. No somos sólo compañeros de equipo; somos una familia".

Jennika Phillips se inclina hacia delante, sus ojos brillan con el aroma de una historia. "Hablando de familia, Jake, ¿algún comentario sobre la continua ausencia de Sarah Thompson? ¿Ha afectado a tu juego?"

Durante una fracción de segundo, la compostura de Jake se resquebraja. Un destello de algo - dolor, nostalgia- cruza su rostro. Pero se recupera rápidamente, gracias a su formación mediática.

"Sarah persigue sus sueños, igual que nosotros", dice suavemente. "Le deseamos todo lo mejor".

Al otro lado del mundo, Sarah Thompson corre por el aeropuerto internacional de Tokio con su maleta de ruedas traqueteando tras ella. Se abre paso entre la multitud, murmurando disculpas en un japonés jadeante cuando casi atropella a un grupo de turistas.

"Última llamada para embarcar en el vuelo 287 con destino a Oklahoma City", resuena el anuncio en la terminal.

Sarah acelera un poco más, derrapa en una esquina y cae prácticamente en la cola de embarque. Cuando se desploma en el asiento, suelta un largo suspiro. Su mano encuentra la pulsera que lleva en la muñeca y recorre con los dedos la pequeña bola de plata.

"Vuelvo a casa", susurra, aterrorizada y excitada a partes iguales.

Mientras cae la noche sobre Oklahoma City, Jake Cooper yace en la cama, completamente despierto. Tiene los ojos cerrados, pero la mente se le acelera. Visualiza el próximo partido con todo lujo de detalles: la sensación de la pelota en la mano, el rugido del público, el arco perfecto de un lanzamiento bien hecho.

Pero entre esas imágenes se interpone otra: el rostro de Sarah, su sonrisa, la forma en que solía mirarlo desde su asiento detrás del home. Jake abre los ojos de golpe y su corazón late con más fuerza que los nervios previos al partido.

A kilómetros de altura sobre el océano Pacífico, Sarah mira por la ventanilla del avión el cielo plagado de estrellas. Se siente como suspendida entre dos mundos, dos versiones de sí misma. La Sarah de Tokio: ambiciosa, independiente, orientada a su carrera. Y la Sarah de Oklahoma City, la chica que ama el béisbol, el encanto de los pueblos pequeños y... Jake.

Mientras el avión surca la noche, Sarah y Jake, aunque separados por miles de kilómetros, comparten un momento de sincronía. Ambos sienten los temblores de un cambio inminente, la sensación de que sus mundos están a punto de colisionar de formas que aún no pueden imaginar.

♡ Capítulo 12 ♡

El sol se desliza por el cielo, pintando el estadio Twister con tonos dorados y ámbar. Los jardineros se mueven por el campo como artistas dando los últimos toques a una obra maestra, sus rastrillos trazan líneas perfectas en la tierra color óxido. El aire bulle de expectación cuando los madrugadores se agolpan en las gradas, con su excitado parloteo como preludio del drama del día.

Un taxi amarillo se detiene frente a la entrada principal. Sale Sarah Thompson, con su traje de diseño ligeramente arrugado por el largo vuelo. Tiene ojeras, pero hay un fuego en sus ojos que ningún desfase horario puede apagar. Se detiene y percibe las imágenes y los sonidos familiares de su hogar: el chasquido de los bates de entrenamiento, el olor a hierba recién cortada, los lejanos acordes del órgano del estadio.

Por un momento, Sarah duda. Pero entonces cuadra los hombros y levanta la maleta con renovada determinación. "Ya no hay vuelta atrás", dice, y se dirige a la entrada.

Dentro, Tornado Tex está en plena forma. La mascota baila y da vueltas, animando a los primeros en llegar con gritos cada vez más ridículos. Los niños chillan de risa cuando Tex finge que sus enormes pies se enredan en su lazo.

De repente, Tex se queda paralizado. Incluso a través de la cabeza de mascota de dibujos animados, su sorpresa es evidente cuando ve a Sarah entrando en la explanada. Los brazos de Tex giran como locos y sus exagerados gestos de sorpresa atraen todas las miradas.

"¡Bueno, unta mi galleta con mantequilla!" La voz de Tex retumba a través de su megáfono. "¡Mirad quién ha vuelto a Twister Town!"

Las cabezas giran y un murmullo de reconocimiento recorre la multitud. Sarah esboza una sonrisa y saluda torpemente con la mano, con las mejillas encendidas.

Mientras tanto, en el silencioso santuario de los vestuarios, Jake Cooper está sentado en el suelo con las piernas cruzadas, los ojos cerrados en meditación. Su respiración es profunda y uniforme, su rostro una máscara de concentración mientras visualiza el partido perfecto que tiene por delante.

Un alboroto en el pasillo le desconcentra. Los ojos de Jake se abren de golpe justo cuando Marcus Thompson irrumpe por la puerta, con los ojos desorbitados por la emoción.

"¡Cooper!" Marcus jadea, sin aliento. "No vas a creer esto. ¡Sarah ha vuelto!"

Jake se pone en pie de un salto, con su calma interior destrozada. "¿Qué? ¿Aquí? ¿Ahora?"

Marcus asiente, una sonrisa se dibuja en su rostro. "La vi con mis propios ojos, tío. Está aquí de verdad".

La mente de Jake se acelera, un torbellino de emociones recorre su rostro: sorpresa, alegría,

confusión y una pizca de miedo. Respira hondo, tratando de centrarse.

"Vale", dice, más para sí mismo que para Marcus. "De acuerdo. Esto no cambia nada. Tenemos un partido que ganar".

Pero incluso mientras lo dice, Jake sabe que todo ha cambiado. El partido más importante de su carrera parece ahora una nota a pie de página frente al verdadero drama que se está desarrollando fuera del campo.

Mientras Jake intenta volver a concentrarse, Sarah serpentea entre la creciente multitud, guiándose por la memoria muscular hasta su antiguo asiento cerca del banquillo. Los fans la miran de arriba a abajo, susurrando y señalando emocionados a su paso.

"¡Sra. Thompson! Ha vuelto", grita un abonado de edad avanzada con una sonrisa en su rostro curtido.

Sarah esboza una sonrisa y saluda con la mano. Cuando se acomoda en su asiento habitual, un movimiento borroso le llama la atención.

"¡Sarah Thompson, pequeña descarada!" La voz de Kenna Lee suena mientras se dirige hacia Sarah, con los brazos extendidos.

Las dos amigas chocan en una maraña de miembros y risas, Kenna aprieta a Sarah lo suficiente como para hacerle crujir las costillas.

"No puedo... respirar..." Sarah jadea, pero sonríe de oreja a oreja.

Kenna retrocede y mantiene a Sarah a distancia. "¡No puedo creer que estés aquí de verdad! ¿Lo sabe Jake?"

Antes de que Sarah pueda responder, el público lanza un rugido. Los Tornado Twisters salen del túnel para calentar, un mar de uniformes blancos fluyendo hacia el campo esmeralda.

Jake Cooper sale a correr con sus compañeros de equipo, sus ojos escrutan automáticamente a la multitud. Es un hábito que creía haber perdido, pero hoy le sale bien. Su mirada se cruza con la de Sarah y el mundo parece detenerse.

El estruendo del estadio se desvanece. Sólo están Jake y Sarah, mirándose fijamente a través de un abismo de hierba y palabras no dichas. Miles de emociones cruzan el rostro de Jake: alegría, confusión, esperanza.

El momento se alarga, tenso como un alambre, hasta que Jasper Reeves le da un suave codazo a Jake en las costillas.

"Tierra a Cooper", dice Jasper. "Usted puede luna sobre su chica más tarde. Tenemos un partido que ganar".

Jake parpadea, el hechizo se ha roto. Le hace un gesto con la cabeza a Jasper y corre hacia la sala

de toros. Pero no puede resistir una última mirada por encima del hombro y capta la pequeña sonrisa nerviosa de Sarah.

Cuando termina el calentamiento, la voz ronca del entrenador Hawkins se interpone en la charla previa al partido. "¡Traedlo, chicos!"

El equipo se reúne en un círculo cerrado, con todos los ojos puestos en su entrenador. Hawkins mira a cada jugador por turnos, con rostro serio y curtido.

"Muy bien, escuchad", empieza, con voz grave e intensa. "Este no es un partido más. Es nuestra oportunidad en los playoffs. Pero más que eso, se trata de todo lo que hemos superado esta temporada. Las dudas, los contratiempos, los detractores. Hemos demostrado que estaban equivocados, y hoy vamos a demostrar que tenemos razón".

Hace una pausa, su mirada se detiene en Jake. "No somos sólo un equipo. Somos una familia. Y la familia lucha por los demás. Así que salgamos ahí fuera y demostrémosles de qué están hechos los Tornado Twister".

Se levanta una ovación del grupo. Jake da un paso adelante, su voz suena clara y fuerte.

"¡Twisters a la de tres! Uno, dos, tres..."

"TWISTERS El grito del equipo resuena por todo el campo, arrancando vítores de respuesta del público.

Mientras los jugadores toman posiciones, Jake se detiene al borde del banquillo. Se gira y sus ojos encuentran a Sarah en las gradas. Por un momento, los años desaparecen y vuelven a ser Jake y Sarah, compartiendo el amor por el juego.

Jake asiente, con una pequeña sonrisa en los labios. Sarah le devuelve el gesto, con el corazón latiéndole tan fuerte que está segura de que todo el estadio debe de oírlo.

Entonces Jake se da la vuelta y camina hacia el montículo con determinación. Cuando ocupa su lugar en el centro del diamante, su atención se centra en la tarea que tiene entre manos. El público, la presión e incluso Sarah pasan a un segundo plano.

Sólo están Jake, el balón y sesenta pies de posibilidades que se extienden ante él. El partido más importante de su carrera está a punto de comenzar, y Jake Cooper está listo para enfrentarse a lo que venga, dentro y fuera del campo.

Mientras los Twisters se preparan para empezar la primera entrada, Kenna se inclina hacia Sarah, con voz baja y urgente.

"Bueno, derrame. ¿Qué haces aquí? No es que no me emocione, pero..."

Sarah aparta los ojos de Jake. "No podía mantenerme alejada, Kenna. Pensaba que quería una gran carrera, la atención internacional. Pero viendo los partidos desde Tokio, me di cuenta de que

mi corazón seguía aquí. Con el equipo, con la ciudad, con...". Se interrumpe y sus ojos vuelven al banquillo.

Kenna sigue su mirada, con una sonrisa de complicidad en los labios. "¿Con Jake?"

Sarah asiente, un rubor sube por sus mejillas. "No sé si es demasiado tarde, si él aún... Pero tenía que intentarlo".

♡ Capítulo 13 ♡

El estadio bulle de energía nerviosa cuando Jake sube al montículo para la primera entrada. Se mantiene erguido, como un pilar de calma en medio de la tensión. Jake entrecierra los ojos y se concentra en el guante del receptor como si fuera lo único en el mundo.

El primer lanzamiento sale de su mano como un rayo y pasa silbando por delante del bateador antes de que éste pueda inmutarse.

"¡Strike uno!", grita el árbitro.

Una exhalación colectiva recorre la multitud, seguida de una oleada de vítores. En las gradas, Sarah Thompson se inclina hacia delante, con las manos tan apretadas que sus nudillos se vuelven blancos. Apenas parpadea, temerosa de perderse un solo momento de la actuación de Jake.

A medida que el partido avanza hacia la tercera entrada, un murmullo empieza a extenderse por el estadio. Jake sigue dominando, sus lanzamientos son una fascinante danza de velocidad y precisión. Los bateadores regresan al banquillo moviendo la cabeza con incredulidad.

Entre la tercera y la cuarta entrada, mientras Jake bebe un sorbo de agua, un recuerdo aparece en su mente. Ve a Sarah, años más joven, con su pelo dorado reflejando la luz del sol mientras se ríe de algo que él ha dicho. Es el día en que se conocieron, aquí mismo, en este estadio. El recuerdo le produce una oleada de calor, no la desesperada necesidad de antes, sino un suave recordatorio de por qué ama este juego, este lugar.

Entusiasmado, Jake vuelve al montículo con un nuevo impulso. El siguiente bateador cae, pero la bola curva de Jake lo deja en ridículo.

En la quinta entrada, casi ocurre lo impensable. El bateador limpio del equipo contrario conecta sólidamente, enviando una línea de bateo hacia el jardín derecho. El tiempo parece ralentizarse mientras la bola vuela por los aires, amenazando con destrozar el juego perfecto de Jake.

De repente, un borrón azul atraviesa el campo. Jasper Reeves se lanza horizontalmente, con el brazo extendido en un alcance desesperado. El estadio contiene la respiración mientras Jasper se estrella contra el suelo, patinando sobre la hierba.

Durante un instante de infarto, todo queda inmóvil. Entonces Jasper se pone en pie de un salto, con la pelota agarrada triunfalmente en el guante. El público estalla en un frenesí de vítores y alivio.

Mientras Jasper corre de vuelta al banquillo, cruza una mirada con Jake. Hay un momento de comunicación silenciosa entre ellos, de respeto mutuo y determinación compartida. Su rivalidad de principios de temporada parece ahora historia antigua, sustituida por el vínculo de compañeros de equipo que luchan por un objetivo común.

Jake le da las gracias con la cabeza, con una pequeña sonrisa en los labios. Jasper le devuelve la sonrisa, inclinando una gorra imaginaria. Cuando Jake vuelve al montículo, su determinación es más fuerte que nunca. Ya no se trata sólo de su juego perfecto, sino del juego perfecto del equipo, y está decidido a llevarlo a cabo.

La tensión en el estadio aumenta a medida que el partido entra en su recta final. Cada lanzamiento, cada jugada, lleva el peso de la historia. Y a pesar de todo, Jake Cooper se mantiene erguido en el montículo, un maestro que dirige una sinfonía de lanzamientos imposibles, escribiendo su nombre en la leyenda de los Tornado Twisters con cada lanzamiento.

Cuando comienza la sexta entrada, el estadio Twister vibra con una expectación eléctrica. El público, que antes era una cacofonía de vítores y charlas, ahora contiene la respiración con cada lanzamiento de Jake. La tensión es tan densa que se podría cortar con un cuchillo.

En la cabina de retransmisión, Jennika Phillips se inclina hacia delante, con los ojos muy abiertos por la emoción. Su habitual distanciamiento profesional se ha evaporado, sustituido por el crudo entusiasmo de una auténtica aficionada al béisbol.

"Señoras y señores", dice, con la voz ligeramente temblorosa, "hoy estamos presenciando algo verdaderamente especial. Jake Cooper está a seis outs de un juego perfecto y de ganar los playoffs. ¡Un juego perfecto, amigos!"

Su comentarista en color se ríe. "Tranquila, Jennika. No quiero gafarlo".

Jennika se sonroja, pero no puede contener la sonrisa. "Claro, por supuesto. Pero aún así, vaya".

Cuando comienza la séptima entrada, Sarah Thompson se pierde en sus recuerdos. La noche en que le contó a Jake su oferta de trabajo en Tokio se repite en su mente como una película agri dulce.

Ve caer el rostro de Jake, el dolor y la confusión en sus ojos. Vuelve a sentir el tira y afloja en su corazón entre la ambición y el afecto. Una lágrima resbala por su mejilla mientras observa a Jake, que se prepara para la siguiente entrada con la máxima concentración.

"Lo siento mucho, Jake", susurra ella, aunque él está demasiado lejos para oírla. "Debería haberme dado cuenta antes de lo que realmente importaba".

En el banquillo, se desarrolla una curiosa escena. Marcus Thompson, normalmente la voz de la razón contra las supersticiones, inicia un nuevo ritual. Antes de cada entrada, toca el mismo lugar en el banquillo, su rostro es una máscara de concentración.

Jasper se da cuenta primero. "Uh, ¿Thompson? ¿Qué estás haciendo?"

Marcus levanta la vista, ligeramente avergonzado. "No lo sé. Simplemente me siento bien, ¿sabes?"

Para sorpresa de todos, Jasper asiente. "Sí, lo entiendo". Alarga la mano, tocando el mismo punto del banco.

Uno a uno, el resto del equipo sigue su ejemplo. Incluso el entrenador Hawkins, después de un momento de duda, se une. Puede que hayan renunciado a las supersticiones, pero en este momento de la historia potencial, van a tomar cualquier ventaja que puedan conseguir.

Cuando Jake sube al montículo para la octava entrada, se detiene un momento. Sus ojos observan a la multitud y encuentran a Sarah en su asiento familiar. Sus miradas se cruzan y, de repente, el rugido de la multitud se desvanece.

En ese momento de suspensión, toda una vida de emociones pasa entre ellos. Arrepentimiento, perdón, esperanza y algo más profundo, algo que ninguno de los dos había estado dispuesto a nombrar antes. Jake ve las lágrimas en las mejillas de Sarah, el orgullo y la nostalgia en sus ojos. Sarah ve la fuerza en la postura de Jake, la determinación grabada en su rostro.

Jake asiente casi imperceptiblemente. Sarah le devuelve el gesto, con una sonrisa acuosa que se abre paso entre sus lágrimas. No hacen falta palabras; se entienden a la perfección.

Cuando Jake vuelve al juego, su determinación es férrea. Este partido perfecto ya no es sólo para él. Es para su equipo, para los aficionados y para Sarah. Es un testimonio de lo lejos que ha llegado y una promesa de lo que aún está por venir.

Se levanta, con la pelota como un peso reconfortante en la mano. El bateador se atrinchera, con la determinación escrita en su rostro. Pero Jake Cooper es imparable hoy, una fuerza de la naturaleza en el montículo.

El lanzamiento sale de su mano, una bola rápida que parece desafiar a la física. El bateador batea con fuerza, pero es demasiado tarde. La pelota golpea la manopla del receptor con un ruido sordo y satisfactorio.

"¡Tercer strike!", dice el árbitro.

El público estalla, el ruido es una fuerza física que inunda el estadio. Jake se permite una pequeña descarga de puño mientras sale del montículo. Tres outs más. Sólo tres outs más se interponen entre Jake Cooper y la inmortalidad del béisbol.

Cuando los Twisters salen a batear, el ambiente en el Twister Stadium es electrizante. La historia está al alcance de la mano y todo el mundo puede sentirlo. El juego perfecto pende de un hilo, un sueño a punto de hacerse realidad. Y en el centro de todo está Jake Cooper, que ha dejado de ser prisionero de la superstición para convertirse en dueño de su propio destino.

Al comenzar la novena entrada, el Twister Stadium vibra con una energía apenas contenida. Tornado Tex, normalmente un torbellino de movimiento y ruido, dirige ahora a la multitud en un surrealista mitin silencioso. Sus gestos exagerados de "shh" y sus movimientos de puntillas serían cómicos si no fuera por la gravedad del momento.

La multitud sigue los pasos de Tex, y su rugido habitual se reduce a un tenso silencio. Veinte mil personas parecen contener la respiración al unísono, temerosas de que el más mínimo sonido pueda romper la magia que se despliega ante ellos.

El rostro de Jake Cooper es una máscara de concentración mientras acribilla a los dos primeros bateadores con implacable eficacia.

Entonces, el bateador limpio del equipo contrario se acerca al plato. El juego perfecto de Jake, el puesto en los playoffs, la temporada entera... todo se reduce a este momento.

El tiempo parece ralentizarse. Jake se prepara, su movimiento es un estudio de potencia controlada. El lanzamiento sale de su mano, una bola rápida ardiente que grita hacia la base.

¡CRACK!

El sonido del bate al chocar con la pelota resuena en el estadio como un disparo. Durante un instante de infarto, todo el mundo observa la trayectoria de la pelota, que se eleva hacia la pared del jardín.

Marcus Thompson se da la vuelta y esprinta, con los ojos fijos en el balón que desaparece rápidamente. Alcanza la pista de advertencia y el muro se cierne ante él. Con un salto desesperado, Marcus se lanza hacia el cielo, con el brazo extendido.

El estadio contiene la respiración cuando Marcus se estrella contra el muro. Durante un angustioso segundo, desaparece de la vista. Entonces, como un guerrero triunfante que sale de la batalla, Marcus se levanta, con el guante en alto y la pelota en su interior.

El silencio se rompe. El estadio Twister estalla en una explosión de ruido y júbilo. Los aficionados se ponen en pie de un salto, abrazan a desconocidos y gritan hasta quedarse afónicos. En la cabina de retransmisión, el grito de Jennika Phillips ahoga su micrófono.

En el montículo, Jake Cooper cae de rodillas, abrumado por la magnitud de lo que acaba de lograr. Las lágrimas corren por su rostro mientras mira hacia el cielo, meses de lucha y dudas que se desvanecen en este momento perfecto.

Sus compañeros de equipo entran en el campo, envolviendo a Jake en una marea de uniformes azules. Jasper Reeves es el primero en llegar a él, pone a Jake en pie y lo abraza como un oso. Marcus le sigue, con el balón aún en el guante, y se une a la creciente pila de perros.

Mientras la celebración continúa, la cámara se desplaza hacia el marcador. Su pantalla narra la historia del béisbol:

VISITANTES: 0 0 0 0 0 0 0 0

CASA: 2 0 1 0 0 0 1 X

El juego perfecto de Jake Cooper no sólo ha asegurado un lugar en los libros de récords, sino que ha catapultado a los Tornado Twisters a los playoffs de la forma más dramática imaginable.

En las gradas, Sarah Thompson se queda paralizada, con lágrimas de alegría cayendo por su cara. No aparta los ojos de Jake, ni siquiera cuando Kenna la abraza con fuerza.

El juego perfecto está en los libros, pero para Jake Cooper y Sarah Thompson, la entrada más importante de sus vidas está aún por llegar.

♡ Capítulo 14 ♡

El rugido de la multitud es ensordecedor mientras la celebración continúa en el campo.

"¡Lo hiciste, loco hijo de puta!" Jasper grita, su habitual actitud fría destrozada por la euforia.

Antes de que Jake pueda responder, Marcus Thompson también está allí. Los dos jugadores suben a Jake a hombros y sus protestas se pierden en la cacofonía de la celebración. Lo pasean por el infield, la cara de Jake es una mezcla de incredulidad y felicidad pura y dura.

"¡Coo-per! ¡Coo-per! Coo-per!" El cántico aumenta, inundando el campo en olas rítmicas.

En las gradas, a Sarah Thompson se le sale el corazón del pecho. Sin pensarlo, salta la barrera que separa los asientos del campo y sus talones se hunden en la suave tierra mientras corre hacia la multitud de jugadores.

El mar de cuerpos se separa como por arte de magia y, de repente, Sarah y Jake se encuentran cara a cara. El tiempo parece haberse detenido. Jake tiene el pelo alborotado y el uniforme manchado de suciedad y sudor. El rímel de Sarah está manchado de lágrimas de felicidad y su pelo, cuidadosamente peinado, se está deshaciendo.

Se miran fijamente, ambos jadeando ligeramente, con idénticas sonrisas dibujándose en sus rostros. Mil palabras flotan entre ellos sin decirse, años de malentendidos y oportunidades perdidas destilados en este momento único y perfecto.

Entonces, como atraídos por una fuerza invisible, se acercan el uno al otro. Chocan en una maraña de brazos, agarrándose como si sus vidas dependieran de ello. El rugido de la multitud se desvanece en un zumbido distante. Sólo quedan Jake y Sarah, con los latidos de sus corazones sincronizados, ninguno dispuesto a ser el primero en soltarse.

"Has vuelto", murmura Jake en el pelo de Sarah, con la voz cargada de emoción.

Sarah se aparta lo suficiente para mirarle a los ojos. "Nunca debí haberme ido".

Antes de que Jake pueda responder, el entrenador Hawkins aparece a su lado. Los ojos del anciano brusco brillan con lágrimas no derramadas mientras mira a Jake.

"Hijo", dice, con la voz entrecortada por la emoción, "nunca he estado más orgulloso de un jugador en todos mis años de entrenador".

Tira de Jake en un abrazo de oso, y luego sorprende a todos incluyendo también a Sarah. "Y a ti", le dice, "bienvenida a casa".

El resto del equipo se adelanta y envuelve al trío en un gran abrazo de grupo. Risas y gritos de alegría se mezclan con sollozos de felicidad mientras los Tornado Twisters se deleitan con su triunfo.

En medio del caos, un torbellino plateado y azul desciende sobre el grupo que celebra. Tornado Tex, la incontenible mascota del equipo, se acerca dando pasos exagerados. Hace la pantomima de enjugarse enormes lágrimas con sus guantes de gran tamaño que se lleva a los ojos de su cabeza de mascota.

"¡Oh, la emoción!" La voz de Tex retumba a través de su megáfono. "¡Es demasiado para este viejo tornado!"

Sin previo aviso, Tex abraza a Jake, Sarah y varios jugadores cercanos. Sus brazos peludos los envuelven y aprietan lo suficiente como para hacerles soltar una carcajada.

"¡Esto es lo que yo llamo un especial Twister!" declara Tex, moviendo la cola con entusiasmo.

Cuando la euforia inicial empieza a decaer, Jake se ve apartado de Sarah y de sus compañeros de equipo. Jennika Phillips se materializa a su lado, con el micrófono hacia delante y los ojos brillantes por el aroma de una historia que definirá su carrera.

"Jake Cooper", empieza ella, conteniendo a duras penas su emoción, "acabas de lanzar un partido perfecto y has conseguido un puesto en los playoffs para los Tornado Twisters. ¿Qué se siente?"

Jake se toma un momento, sus ojos escrutan a la multitud que celebra antes de posarse en Sarah. Una suave sonrisa se dibuja en sus labios mientras se vuelve hacia Jennika.

"Es increíble", dice, con la voz ronca de tanto gritar. "Pero no puedo llevarme todo el mérito. Ha sido un trabajo de equipo. Todos los jugadores lo han dado todo hoy".

Hace una pausa y luego añade: "Y tener a Sarah de vuelta... bueno, fue el colofón perfecto para un partido perfecto".

Jennika enarca las cejas ante este chisme, pero antes de que pueda seguir indagando, se llevan a Jake para hacerle más entrevistas.

Mientras tanto, Sarah se encuentra rodeada de caras conocidas. Kenna Lee se acerca corriendo y la envuelve en un fuerte abrazo.

Otros miembros del personal del estadio que Sarah conoce desde hace años se acercan, ofreciéndole abrazos y palabras de bienvenida. Al pasar de un abrazo a otro, Sarah siente una punzada agridulce. Lo ha echado de menos: el calor, el sentido de comunidad, el sentimiento de pertenencia. Sus ojos se empañan al darse cuenta de lo mucho que ha dejado atrás en su afán por progresar profesionalmente.

"No puedo creer que alguna vez pensara que podría dejar esto atrás", le dice a Kenna.

Kenna le aprieta la mano. "Bueno, ya has vuelto. Eso es lo que importa".

Cuando terminan las celebraciones en el campo, el equipo se retira a los vestuarios para la tradicional ducha de Gatorade. Jake entra el último, deteniéndose dramáticamente en la puerta.

"Señoras y señores", anuncia con una sonrisa, "¡sus Tornado Twisters de playoffs!".

La sala entra en erupción. Chorros de Gatorade y agua salpican en todas direcciones, mojando a Jake de pies a cabeza. Risas y gritos llenan el aire. Marcus Thompson, encaramado a una taquilla, dirige al equipo en una estridente y desafinada interpretación de la canción de lucha de los Twisters. Incluso el entrenador Hawkins se une, su voz ronca apenas audible por encima del estruendo.

Mientras Jake se limpia la mezcla de bebida deportiva y lágrimas de felicidad de los ojos, ve a Sarah asomarse por la puerta. Sus miradas se cruzan y el mundo parece ralentizarse. Rodeados por el caos de la celebración, Jake y Sarah comparten una sonrisa privada, una promesa de conversaciones por venir, de un futuro repentinamente brillante con posibilidades.

Cuando la euforia del partido perfecto empieza a decaer, el estadio se vacía lentamente. El equipo de limpieza entra en escena, con su trabajo iluminado por las luces del estadio aún encendidas. En este momento de transición entre el júbilo y la tranquilidad, Jake y Sarah se sienten atraídos por un lugar apartado en las gradas.

Se sientan cerca, con los hombros en contacto y los dedos entrelazados. Por un momento, se limitan a respirar el persistente aroma de las palomitas y la hierba.

Jake rompe el silencio primero. "Creía que te necesitaba aquí para lanzar bien", admite, con la voz baja. "Cuando te fuiste, fue como si hubiera perdido mi ancla".

Sarah le aprieta la mano. "Jake, lo siento mucho. Nunca quise..."

"No", interrumpe Jake suavemente. "Fue la llamada de atención que necesitaba. Tuve que aprender a creer en mí mismo, no en supersticiones o amuletos de la suerte".

Sarah asiente, con los ojos brillantes. "Y tuve que aprender lo que realmente me importaba. Me di cuenta de que mi corazón seguía aquí". Hace una pausa, encontrándose con la mirada de Jake. "Contigo.

Mientras continúan desnudando sus almas, ninguno de los dos se percató de la figura plateada y azul que se arrastra tras ellos. Tornado Tex, incapaz de resistirse a una última travesura, empieza a imitar exageradamente sus expresiones serias y sus gestos con las manos.

Es Jake quien lo ve primero. Se le escapa una carcajada antes de que pueda detenerla. Sarah se vuelve, confusa, y luego se deshace en risitas al ver la pantomima de Tex.

"¡Tex!", jadea entre risas. "¿Nunca te quitas ese disfraz?"

Tex sacude enérgicamente su enorme cabeza. "¿Y arriesgarme a revelar mi identidad secreta? Jamás".

Mientras Tex se aleja, cumplida su misión de frivolizar, Jake y Sarah descubren que la pesada atmósfera de su conversación se ha aligerado. Comparten una sonrisa que promete muchas más risas.

Finalmente, cuando las últimas luces del estadio empiezan a apagarse, Jake se levanta y le ofrece la mano a Sarah. "¿Lista para salir de aquí?"

Ella lo coge y deja que la ponga en pie. "Ve delante, Ace."

Caminan cogidos de la mano hacia la salida, con pasos lentos, saboreando este momento de nuevos comienzos. Siguen adelante, sus siluetas se recortan contra las últimas luces del estadio. A sus espaldas, el Twister Stadium permanece en silencio, testigo del final de un capítulo y del comienzo de otro.

Cuando Jake y Sarah salen a la fresca noche de Oklahoma, el futuro se extiende ante ellos, tan abierto y lleno de posibilidades como un campo de béisbol recién marcado con tiza. Sean cuales sean los retos que les aguardan, los afrontarán juntos, sin necesidad de suerte.

Y así, mientras las puertas del estadio se cierran tras ellos, Jake Cooper y Sarah Thompson comienzan su mayor aventura hasta la fecha. El juego perfecto puede haber terminado, pero para este lanzador y su encanto no tan afortunado, las mejores entradas están aún por venir.

En el silencioso estadio se agita una suave brisa que trae consigo el eco de los vítores y la promesa de partidos aún por jugar. Y si escuchas con atención, puede que oigas la débil y alegre voz de Tornado Tex susurrando: "¡A jugar!".

EL FIN

También por Cassidy Berg

Navidad en Snow Falls

Complicaciones del Café de Navidad

Doble reserva

Más que un amigo invisible

Romance organizado

Demasiado tarde para el amor

Los 12 odios de la Navidad

Guardabosques Recluso

Mezcla de los 12 días de Navidad

Docena de fechas navideñas

Dos bichos navideños

Un duro viaje por carretera

Enfrentamiento navideño

Amor desatado

Navidad todo el año

Amor en Star Valley

Segunda oportunidad en el rancho

El conservador y la mixta

Otra oportunidad en el amor

Rumbo a casa

Chica Sundae

Corazones que curan

El camino hacia la eternidad

Amor en Jackson Hole

Desintoxicación digital

Refugio remoto

Love After Likes

Amor en Seattle

Volar hacia el amor

Te conocí en mi memoria

Tras las pistas del amor

Tono de dos corazones

Magia helada

La cita del árbitro

Comprobación cruzada Cupido

Zamboni del amor

La llama del parque de bomberos

Descanso para fumar

Negarse a enamorarse

Amor de libro

Béisbol sin aliento
Amor de Liga de Verano
Pitching for Keeps
Bola curva en la cocina

Una petición rápida del autor.

Si te ha gustado este libro, ¿podrías dejar una reseña allí donde busques recomendaciones de libros? En un mundo ajetreado y abarrotado, siempre nos viene bien un poco más de "dulzura" en nuestras vidas.

Leo todas y cada una de las reseñas. Gracias por compartir mi mundo conmigo.

Hola lector,

Espero que hayas disfrutado de nuestro conmovedor viaje al amor, al encanto navideño y a los momentos más dulces de la vida en mi última novela romántica. Si te han cautivado los personajes, la magia navideña y la alegría de los dulces, ¡tengo una deliciosa sorpresa para ti!

Tengo un cofre del tesoro lleno de dulces novelas románticas esperando a que te sumerjas en ellas. Cada libro es una escapada especial al mundo del amor y el romance, donde cada página es una celebración de momentos tiernos y finales felices. Mis historias son perfectas para esas tardes acogedoras en las que quieres acurrucarte con un buen libro, junto a tus dulces navideños favoritos.

Pero aún hay más para ti. Al unirse a mi exclusiva lista de correo electrónico, usted tendrá acceso a:

- **Acceso anticipado:** Serás el primero en enterarte de mis próximos lanzamientos. Echa un vistazo a mis nuevas historias antes de que salgan a la venta.
- **Contenido exclusivo:** Disfruta de historias cortas especiales, capítulos extra y contenido exclusivo que no encontrarás en ningún otro sitio.
- **Dulces sorpresas:** Espere sorpresas ocasionales como recetas navideñas, recomendaciones de libros y mucho más para alegrarle el día.

Me encantaría darte la bienvenida a nuestra comunidad de entusiastas del romance y ofrecerte estas fantásticas ventajas. Para empezar, visite www.EntradaBooks.com y suscríbese a mi boletín. Considere esta su invitación para estar entre los primeros en experimentar el próximo romance conmovedor de mi parte.

Gracias por elegirme como fuente de dulces romances. Espero compartir muchas más historias llenas de amor contigo.

Saludos cordiales y feliz lectura,
Cassidy

Cassidy Berg

Cassidy Berg es una cautivadora y dulce autora romántica que teje conmovedoras historias de amor, magia navideña y la dulzura de la vida. Su pasión por todo lo relacionado con la Navidad y los dulces es evidente en cada página de sus encantadoras novelas, lo que la convierte en una figura muy querida en el mundo de la ficción romántica sana.

Los escritos de Cassidy están impregnados del encanto de la Navidad. Cassidy cree en el poder de las fiestas navideñas para reparar corazones, reavivar el amor perdido y crear nuevos comienzos. Las historias de Cassidy transportan a los lectores a mundos en los que reina la magia de la Navidad, ya sea en el acogedor ambiente navideño de un pequeño pueblo o en un bullicioso paisaje urbano adornado con luces centelleantes.